

HÉCTOR SÁEZ LEDESMA*

COHERENCIA, NEGOCIACIÓN Y CONSENSO: EL BAJO PUEBLO SALITRERO
Y LA FORMACIÓN DEL EJÉRCITO CONGRESISTA EN EL NORTE GRANDE
DURANTE LA GUERRA CIVIL CHILENA DE 1891¹

RESUMEN

Este artículo analiza el trasfondo y la especificidad de la relación entre los sectores subalternos del Norte Grande, en condición de reclutas voluntarias, y las élites congresistas durante la guerra civil chilena de 1891. Como hipótesis sostenemos que el contexto específico del Norte Grande permitió una relación de relativa horizontalidad, basada en consensos y acercamientos, entre el bajo pueblo y las élites, lo que posibilitó la formación de un ejército cohesionado bajo una alta moral. Para ello se analizarán los discursos y retóricas desde fuentes primarias y secundarias, identificando relaciones de consenso y negociación entre las élites y el bajo pueblo salitrero a través de “discursos ocultos”, que permiten vislumbrar las relaciones que conformaron a dicho ejército, utilizando los enfoques de la nueva historia social y la relación entre discursos públicos y ocultos.

Palabras clave: Chile, siglo XIX, Norte Grande, guerra civil chilena, bajo pueblo, ejército congresista, discursos y retóricas, consensos, acercamientos

ABSTRACT

The main objective of this article is to analyse the specificity and background behind the relationship between the subaltern sectors of the Norte Grande, as voluntary recruits, and the congressional elites during the Chilean civil war of 1891. As a hypothesis, we maintain that the specific context of the Norte Grande, would allow a relationship of relative horizontality, based on consensus and rapprochement between the subordinate sectors and the elites, enabling the formation of a cohesive army under high morale. For this, the speeches and rhetoric will be analysed from primary and secondary sources, identifying relationships of consensus and negotiation between the elites and the nitrate people, through “hidden speeches” that allow us to glimpse the relationships that would

* Licenciado en Historia y Ciencias Sociales por la Universidad de Valparaíso, Chile. Actualmente cursando el Magíster en Estudios Históricos: Cultura y Sociedad en Chile y América Latina por la misma Universidad. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2120-4809> Correo electrónico: hectorsaez127@gmail.com

¹ Este trabajo se basa en los resultados de investigación obtenidos a partir de la tesis para alcanzar el grado de Licenciado en Historia y Ciencias Sociales: “La Convocatoria Instrumental del Bajo Pueblo durante ‘La Guerra Civil de 1891: El Norte Grande’”, Valparaíso, Universidad de Valparaíso, 2019.

make up said army, using the approaches of New social history and the relationship between public and hidden discourses.

Keywords: Chile, Norte Grande, nineteenth century, Chilean Civil War, bajo pueblo, congressional army, discourses and rhetoric, consensus, approach

Recibido: mayo de 2022

Aceptado: diciembre de 2022

INTRODUCCIÓN

La Guerra Civil de 1891 se trató de uno de los conflictos más letales en la historia de Chile con un saldo de cinco a diez mil muertos, concibiéndose como el enfrentamiento entre el gobierno del presidente José Manuel Balmaceda y el Congreso, resultando en la victoria e imposición de la política de este último bando. Contienda que además contó con el amplio trasfondo social y político que todo trance de esta magnitud engloba en torno a disputas y quiebres dentro de las élites dominantes, sumada a su impronta durante un momento clave en el desarrollo de la República, de amplia modernización económica, política y social, dejando su trascendencia y repercusión durante el desenvolvimiento del siglo XX, marcando el antes y después en la historia republicana del país².

Teniendo en cuenta este antecedente y acorde a las fuentes recopiladas, la participación del bajo pueblo en el conflicto ha sido marcada por dos bandos opuestos: una que señala el carácter voluntario del bando congresista compuesto por obreros, en general mineros de las zonas de Iquique, Pisagua y Antofagasta, entre otras, así como también mineros y obreros en las zonas de Atacama, enrolados bajo el carácter de reclutas voluntarios³. Por otro lado, estaría el ejército gobiernista, descrito en su composición por levas forzadas de inquilinos, gañanes y obreros, entre otros, de la zona central, enganchados contra su propia voluntad y obligados a combatir⁴. No es nuestra intención

² Jaime Eyzaguirre, *Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren*, Santiago, Zig-Zag S.A., 1957, p. 13.

³ Entre las menciones podemos encontrar el *Boletín Oficial de la Junta de Gobierno*, República de Chile, 1981, Eloy T. Caviedes, *Las últimas operaciones del Ejército Constitucional*, Valparaíso, Imprenta del Universo de G. Helfmann, 1892; Ricardo Cox Mendez, *Recuerdos de 1891*, Santiago, Imprenta Nascimento, 1944; Estanislao del Canto, *Memorias militares*, Santiago, Centro de Estudio Bicentenario, 2004; Julio Pinto, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera: el ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*, Santiago, Editorial Usach, 2012; Claudio Vivanco, "La vida en un ejército en formación. La vida cotidiana de los soldados del ejército constitucional", en Rodrigo Mayorga (ed.), *Lejos del Ruido de las Balas. La Guerra Civil Chilena de 1891*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2008; Hrjov Ostojic Peric, *Tarapacá 1891, donde Balmaceda perdió la guerra*, Iquique, Editorial Pino Oregón, 2016.

⁴ Al respecto puede verse Enrique Barbosa O., *Como si fuera hoy... Recuerdos de la revolución de 1891*, Santiago, Imprenta Santiago, 1929; Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile: Desde la prehistoria hasta 1891*, Tomo XX, Santiago, Editorial Nascimento, 1952; Leopoldo Geisse, *Reminiscencias del 91. Episodios Lugareños*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2007; Rodrigo Mayorga (ed.), *Lejos del Ruido de las Balas. La Guerra Civil Chilena de 1891*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2008; Micaela Navarrete,

problematizar de manera exhaustiva respecto de la conclusión de estas líneas analizadas en anteriores obras, como tampoco examinar aspectos logísticos y tácticos del campo de batalla⁵, siendo el desentrañar la relación desarrollada entre los sectores subalternos en la zona del “norte grande”⁶, bajo la condición de reclutas voluntarias diferenciadas de las zonas bajo el control del gobierno de José Manuel Balmaceda, compuestas por tropas enganchadas a la fuerza, y las implicancias de ello para el desenlace de la guerra⁷.

Las fuentes de época enfatizan el entusiasmo del bando congresista, llegando a ser la moral un elemento clave para el triunfo opositor, ayudando a suplir o atenuar la inferioridad numérica a través del estado psicológico de la tropa, en contraste al bando balmacedista desmoralizado en el campo de batalla⁸.

¿Qué elementos explicarían que esta adhesión voluntaria permitiera una relativa cohesión y entusiasmo en el ejército congresista durante los ocho meses que duró el conflicto? Desde nuestra perspectiva, la propia convocatoria voluntaria del ejército hacia el bajo pueblo seguiría las pautas de continuidad referentes a una política de “convocatoria instrumental”⁹, bajo nuevas particularidades en plena guerra civil y aún en plena

Balmaceda en la poesía popular: 1886-1896, Santiago, DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1993; Pablo Neut, “La otra oposición. El mundo popular frente a la causa balmacedista durante la Guerra Civil de 1891”, en Mayorga (ed.), *Lejos del Ruido...*, op. cit.; Daniel Catejo Cofré, “En marcha e inmediatamente. Despliegue y desenlace de las tropas de las provincias del sur en la guerra civil chilena de 1891: reclutamiento, problemáticas y consecuencias sociales”, en *Revista de Historia*, vol. 25, n.º 1, Concepción, 2018, pp. 50-87, disponible en: <https://revistas.udec.cl/index.php/historia/article/view/506> [fecha de consulta: 15 de abril de 2020].

⁵ Al respecto puede consultarse la obra de Andrés Avendaño, *Las Batallas de Concón y Placilla: Las Causas de la Victoria. Las Razones de la Derrota*, Santiago, Academia de Historia Militar, 2015; Anibal Bravo Kendrick, *La revolución de 1891*, Santiago, Editorial del Ejército de Chile, 1946.

⁶ Por Norte Grande entenderemos la noción presentada por Sergio González Miranda en torno a la construcción basada en zonas de frontera, líneas de frontera y geosímbolos claves “para la demarcación de un territorio bajo soberanía del Estado-nación”, enfocadas para la época en torno a las zonas de Arica-Parinacota, Tarapacá y Antofagasta, asociados a “la idea de lo opuesto o lo extranjero y, por otro, lo vacío o lo desconocido”, sumándose durante el “ciclo del nitrato” las ciudades como hitos geopolíticos. Sergio González Miranda, “El norte grande de Chile: la definición histórica de *sus límites, zonas y líneas de fronteras*, y la importancia de las ciudades como *geosímbolos fronterizos*”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 13, n.º 2, Santiago, 2009, pp. 1-25, disponible en: <https://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/historiasocial/article/view/98> [fecha de consulta: 20 de marzo de 2020].

⁷ Una síntesis de lo que se conocería en la zona central de control balmacedista como “levas forzadas” o “caza de hombres” es mencionada en las memorias de Leopoldo Geisse: “Estos cazadores de voluntarios debían poner a prueba su ingenio para atrapar a sus piezas. El invierno había sido escaso en lluvias; agua no había en el campo sino en contadas vertientes, que nacían pobremente bajo la fronda de los peumos y arrayanes de las quebradas. En estos sitios se ocultaban los cazadores para atrapar a sus presas, cuando bajaban de las cumbres a hacer provisión de agua”. Leopoldo Geisse, *Reminiscencias del 91. Episodios Lugareños*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2007, p. 28.

⁸ Andrés Avendaño, *Las Batallas de Concón y Placilla: Las Causas de la Victoria. Las Razones de la Derrota*. Santiago, Academia de Historia Militar, 2015, pp. 159 y 210.

⁹ “Convocatoria instrumental”, es el concepto que José Luis Romero y Sergio Grez acuñan para denominar a la relación establecida por parte de las clases dominantes hacia las clases populares durante los diversos conflictos intra oligárquicos, como políticas para lograr la adhesión popular en sus disputas durante las primeras décadas y a mediados del Chile Republicano, centrándose en el artesanado como el sector de mayor protagonismo y asociatividad popular, siendo instancias que, pese a darse en trasfondos oligárquicos, habrían abierto

efervescencia social post huelga general de 1890. Como hipótesis sostenemos que el contexto específico desarrollado en el Norte Grande permitiría una relación de relativa horizontalidad de consensos y acercamientos entre el mundo popular y las élites, permitiendo la formación de un ejército cohesionado bajo una alta moral.

Esto implicaría concebir la dirección de dicha convocatoria no hacia masas populares pasivas¹⁰, siendo una instrumentalización acotada y condicionada por los grados de disposición popular, en cuanto acatar órdenes y consensos, dependiente de la voluntad y negociación de los sujetos para entrar en calidad voluntaria, a diferencia del ejército balmacedista cuyo predominio en reclutas forzadas, lo haría disperso y desmoralizado.

De forma que el objetivo principal será identificar el trasfondo y especificidad tras la relación entre el bajo pueblo salitrero y las élites en 1891, analizando los discursos y retóricas desde fuentes primarias y posteriores análisis de fuentes secundarias, para identificar las relaciones de consenso y negociación a través de “discursos ocultos”¹¹, que nos permitan vislumbrar las relaciones que conformarían dicho ejército congresista.

ENFOQUES Y ANÁLISIS

Primero nos basaremos en el enfoque de Nueva Historia Social para aproximarnos a la esfera popular desde los vestigios en las fuentes, bajo una perspectiva de “Historia desde abajo y desde dentro”, teniendo como principal propósito, según Julio Pinto, “rescatar al conjunto de los sectores populares más que otorgar un privilegio epistemológico al segmento más organizado, politizado o consciente que tradicionalmente se identificaba con el proletariado”¹², implicando dicha propuesta “un énfasis en las luchas y vivencias cotidianas más que la pura epopeya popular, así como un desplazamiento cronológico de los estudios a etapas anteriores al siglo XX”¹³. En este sentido, para el siglo XIX,

espacios que permitieron el desenvolvimiento de las clases subalternas durante el siglo XIX. Para el periodo estudiado estas instancias de convocatoria instrumental se ampliarían hacia sectores más subalternos en la escala de estratificación social, incorporando a los peones y obreros salitreros.

Para el concepto de “convocatoria instrumental” ver: Sergio Grez, *De la regeneración del pueblo a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, RIL Editores. 2007, pp. 214-218 y 220.

¹⁰ Posturas respecto a cómo el pueblo “habría permanecido indiferente” ante la contienda. Ver: Julio Cesar Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Editorial universitaria S. A., Santiago, 1951, pp. 90-91. Estas posturas han sido rebatidas por los trabajos ya mencionados, referentes a las posturas del bajo pueblo ante la guerra civil de 1891, no obstante, siendo necesario remarcar los marcos de acción y recepción de los sectores populares ante el conflicto, en donde para el Norte Grande influirá el contexto previo, las condiciones presentes y las expectativas de los sujetos ante el desarrollo de la contienda en la toma de posiciones y alianzas con el bando congresista.

¹¹ Conceptos metodológicos extraídos de James Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Editorial Txalaparta, 2018, pp. 45-46.

¹² Julio Pinto, *La historiografía chilena durante el siglo XX: cien años de propuestas y combates*, Santiago, América en Movimiento Editorial 2016, p. 80.

¹³ *Ibid.*

siendo grupos oscilantes entre una moderna conciencia de clases propia del desarrollo capitalista y el peso tradicionalista decimonónico, se trataría de sujetos dispuestos a ser analizados en marcos más dinámicos y amplios, concebidos a nivel metodológico en la propuesta de Edward Thompson, en su heterogeneidad y elasticidad para abordar el concepto de clase social, como factor heterogéneo y condicionado de forma histórica en una multitud de individuos y experiencias que conservarían a lo largo del período “pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones”. De forma que, “La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia”¹⁴. Abriendo con ello un campo para abordar la heterogeneidad popular bajo dinámicas no siempre encajadas en moldes de clase obrera unificada, pero cuyas relaciones y patrones en común permiten identificarlos bajo nuevas categorías operantes para un sector histórico específico¹⁵. Sergio Grez expresa como la Nueva Historia Social centraría:

“no sólo la asociatividad y la política, sino también lo cultural y lo cotidiano. Igualmente, porque en lo metodológico incorpora la oralidad, la participación de los propios actores, su subjetividad. Y aunque la subjetividad no es la historia, ni es toda la historia, es también una parte muy importante de ella porque trata de cómo los propios actores ven los hechos históricos, se conciben a sí mismos y conciben a los otros”¹⁶.

Siendo un enfoque multidisciplinar de análisis centrado en la cotidianidad popular en relación con su cultura, política y sociedad, con el fin de extraer las vivencias y su relación en cuantos sujetos, en sus condiciones objetivas como subjetivas de interlocución y asociatividad. Basándonos en esta postura epistemológica, como recurso de investigación nos centraremos en documentos que hagan mención a las relaciones del bajo pueblo nortino en 1891. Recurriendo a fuentes primarias como partes militares, memorias, prensa y fuentes secundarias sobre investigaciones posteriores que ayuden a complementar nuestro análisis.

Como sucede para trabajos referentes a sujetos subalternos decimonónicos de mayoría analfabeta, y más aún bajo un contexto bélico, por la condición sesgada de sus

¹⁴ Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012, p. 29.

¹⁵ Un ejemplo puede verse en la propuesta metodológica de Gabriel Salazar y Sergio Grez en relación con el análisis de las masas populares decimonónicas, al tomar el concepto de “bajo pueblo” como categoría operante para grupos no asociados a una moderna concepción de “clase”, bajo la cual engloban a una diversidad de sectores subalternos que pueden ir desde el obrero al campesinado los cuales, pese a sus diferencias, compartirán espacios y vivencias en común. Dicho concepto también ha sido utilizado por Gabriel Di Meglio para el abordaje de las masas populares urbanas en el Buenos Aires decimonónico.

Al respecto ver: Gabriel Salazar, *Labradores Peones y Proletarios*, Santiago, LOM Ediciones, 2000; Sergio Grez, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, RIL Editores, 2007; Gabriel Di Meglio, *Viva el bajo pueblo!: La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el Rosismo (1810-1829)*, Buenos Aires, Prometeo Libros Editorial, 2007.

¹⁶ Sergio Grez, *Debates en torno a la Historia Social, una aproximación desde los historiadores*, Santiago, 2011, p. 8, disponible en: <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/122852> [fecha de consulta: 10 de diciembre de 2018].

autores, no disponemos de fuentes directas capaces de dar cuenta del actuar popular, resultando un factor primario de dificultad para desentrañar el actuar popular, con interpretaciones opuestas de los hechos, como serían las menciones de voluntarismo o recluta forzada. Para superar esta dificultad, se acompañará el análisis con el enfoque metodológico propuesto por James Scott, basado en la identificación de discursos públicos y ocultos entre élites y bajo pueblo, como marco de relación entre dominados y dominadores, asentados en técnicas de supervivencias expresadas y desarrolladas en un “ámbito de máscaras” dependiente del tipo de público y los intereses en juego¹⁷. Dichas relaciones contarán con sus propios códigos interpretativos, abiertos o cerrados, públicos o herméticos, según el contexto y su dirección. Aspecto cercano a la noción de “comunidades de diálogo” empleada por John Greville Agard Pocock, para referirse a estructuras lingüísticas y actos de habla realizados en respuesta a otros actos de habla¹⁸. No obstante, el enfoque de James Scott permite una ventaja de análisis porque amplía la noción de discurso más allá del ámbito retórico, pudiendo abarcar marcos distintivos de manifestaciones y acciones, que englobarían aspectos como los rumores, gestos, chismes y cuentos, entre otros¹⁹. Así, la noción de discurso es trasladada al ámbito de la acción, a la actuación de los sujetos, traspasando la retórica discursiva de las fuentes para centrarse en la interpretación de actos específicos mencionados por el autor, que acompañados de una lectura crítica permiten aproximarse más al mundo popular.

Bajo esta nomenclatura, el discurso público es entendido como “el autorretrato de las élites dominantes donde estas aparecen como quieren verse a sí mismas”, otorgando a los subordinados un marco oficial de normas de comportamiento²⁰. Por el contrario, el discurso oculto se relacionaría con “la conducta fuera de escena”, lo velado del ámbito público, consistente en “manifestaciones lingüísticas, gestuales y prácticas que confirman, contradicen o tergiversan lo que aparece en el discurso público”²¹, donde los subordinados se reúnen lejos de “la mirada intimidante del poder” para dar origen desde sus espacios a una cultura política disidente definida como “infrapolítica”²² propia de los sectores subalternos frente a los dominadores. Del mismo modo, el discurso oculto en los dominadores es presentado como un lenguaje fuera de “límites ideológicos dentro de los cuales funciona la dominación que excluye del discurso público”²³.

Un análisis que considere la dimensión activa de los sectores populares, basando en segundas lecturas desde el discurso público expuesto por las fuentes de los dominadores, permite cuestionar las relaciones de poder representadas y la idea de que “los

¹⁷ Scott, *Los dominados...*, *op. cit.*, p. 57.

¹⁸ John Greville Agard Pocock, *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*, Madrid, Ediciones Akal, 2011, p. 94.

¹⁹ Scott, *Los dominados...*, *op. cit.*, p. 22.

²⁰ *Op. cit.*, p. 44.

²¹ *Op. cit.*, p. 27.

²² *Op. cit.*, pp. 45-46.

²³ *Op. cit.*, p. 57.

grupos subordinados aceptan los términos de subordinación y de que participan voluntariamente, y hasta con entusiasmo, en esa subordinación”²⁴. Necesitando para reconocer si una actuación es impuesta o forzada, ponernos en contacto con el actor fuera de la escena, al triangular las fuentes entre el discurso del autor, el contexto de la época y las muestras previas de resistencia y dominación, en la búsqueda de “rupturas públicas” como señales contradictorias del relato que nos sirvan de clarificadores explícitos para determinar si dichas actuaciones fueron sinceras o solo poses en un marco de roles²⁵. Dichas contradicciones permiten dar cuenta de discursos ocultos desarrollados en el ámbito público²⁶.

El contexto de guerra civil en 1891 (o revolución de 1891) y su antesala de huelgas obreras en 1890, por sus particularidades, sería un ámbito donde las dimensiones del discurso oculto y público quedarían más expuestas para ser percibidas e interpretadas. Ejemplos pueden encontrarse en fuentes directas del bando balmacedista, con una narrativa de pública confianza en masas que supuestamente cooperarían²⁷, cuyos hechos terminarían siendo rebatidos al mostrar la gestación de amplias resistencias que terminarían estallando en forma de rupturas públicas con el discurso dominante, en actos de fugas y no cooperación²⁸.

¿Cómo se darían en el plano del bando congresista? En contraste, el discurso congresista haría predominar en su narrativa pública una irrestricta adhesión popular; sin embargo, nos es difícil pensar dicho aspecto considerando la actuación obrera del Norte Grande un año antes contra las autoridades, de forma que en las próximas páginas se tomará en cuenta esta continuidad obrera. Las mismas fuentes, en general escritas por dominadores alfabetizados, analizadas por los enfoques ya expuestos, pueden ayudarnos a detectar huellas en los gestos tras escena de la actuación popular invisibilizada. Teniendo los documentos procederemos, por deducción, a hilar los hechos, interpretando y contrastando la información con fuentes documentales desde ambos bandos, estableciendo marcos de consenso aproximativos.

²⁴ *Op. cit.*, p. 27.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Sin desmerecer las particularidades entre diversos grupos y contextos históricos, un paradigma como el expuesto por James Scott asume en términos generales, cómo la reacción frente a la dominación adquiere similitudes constatables en todas las culturas: “al demostrarse que las estructuras de dominación operan similares, también podrá percibirse como estas mismas hacen surgir si el resto de las condiciones no cambia, reacciones y estrategias de resistencia asimismo comparables a grandes rasgos”. *Op. cit.*, p. 18.

²⁷ Alude al principal periódico balmacedista: “Desde el obrero que trabaja en el centro de nuestro comercio, hasta el gañan de los fundos vecinos, en una palabra toda esa masa de jente trabajadora que compone ese valioso elemento social, que se llama el pueblo, vive hoi sin preocuparse casi de eso que se ha denominado, acaso por sarcasmo, la revolución”, en: “El por qué de la indiferencia del pueblo”, en *La Nación*, Santiago, 13 de enero de 1891, p. 2.

²⁸ “En las provincias del sur el trabajador huye a los bosques; en las del centro se refugia en alguna choza amigga; en San José de Maipo salta a los cerros, i en todas partes sus familias quedan en completo desamparo”, Fanor Velasco, *La Revolución de 1891. Memorias*, Santiago, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1914, p. 144.

CONTEXTO DE CONFLICTO

La época de José Manuel Balmaceda se caracterizó por una presencia más activa del Estado, producto de la creciente complejidad adquirida luego de la Guerra del Pacífico, con una figura presidencial más intervencionista en la economía, contexto en que Balmaceda habría destacado como portavoz de dicha tendencia²⁹. Esto acarrearía todo tipo de conflictos intra elitarios al no poder asimilar una salida pragmática ante un Estado fuerte que respondiera al orden institucional, requerido en dicho contexto de modernización³⁰.

En paralelo, los procesos de modernización ayudarían a la proliferación de los movimientos obreros, con la aparición de “la génesis del movimiento popular en Chile” ligado a la urbanización e industrialización³¹. Siendo la última década del siglo XIX significativa en cuanto a la evolución de las relaciones y formas de organización, que en Chile cristalizarían en 1890 con la primera huelga general, marcando la entrada en escena de la “clase obrera moderna”, participando mineros del salitre unidos a trabajadores portuarios, quienes, según Sergio Grez “comenzaron a ocupar progresivamente el lugar de vanguardia de la lucha y organización popular, que hasta entonces habían desempeñado los artesanos y obreros más calificados”³².

Pese a los desbordes peonales en décadas anteriores, según Julio Pinto estos no habrían amenazado la estabilidad última del orden imperante: “rara vez afectaron el ámbito de las relaciones productivas, ni la organización del trabajo o el poder”³³. Sin embargo, la situación se intensificaría en 1890, cuando las masas populares comenzaron con fuerza a desatar su potencial, incrementando el conflicto a ribetes preocupantes para las élites, alimentando los miedos atávicos de revuelta social³⁴, mientras, en paralelo, la oposición a Balmaceda –“el cuadrilátero”– responsabilizaría al presidente de azuzar el conflicto³⁵.

Similar proceso se llevaría con fuerza en el Norte Grande con un bajo pueblo trasplantado desde la zona central, oscilante entre campo y ciudad³⁶, con agrupaciones de lanche-

²⁹ Rafael Sagredo, “Balmaceda y los orígenes del intervencionismo estatal”, en Luis Ortega (ed.), *La Guerra Civil de 1891, Cien años hoy*, Santiago, Universidad de Santiago, 1991, p. 38.

³⁰ Alfredo Jocelyn-Holt, “La crisis de 1891: civilización moderna versus modernidad desenfadada”, en Ortega (ed.), *La Guerra Civil..., op. cit.*, pp. 30-32.

³¹ Grez, *De la regeneración..., op. cit.*, p. 763.

³² *Op. cit.*, pp. 756-757.

³³ Julio Pinto Vallejos, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera: el ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*, Santiago, Editorial USACH, 2012, p. 150.

³⁴ El terror revolucionario llegó a su extremo a fines de la guerra de 1891, siendo señalado por Joaquín Edwards Bello en su libro *Valparaíso* a través de una anécdota supuestamente acaecida en el contexto de los saqueos ocurridos en Santiago y Valparaíso. Luego de concluido el conflicto, refiriéndose al caso de: “La patrona doña Florencia” señalaba: “El 91 en la tarde se me presentó la cocinera con un desplante de asesina y me dijo: ‘Deme permiso para salir, llegó la ocasión de los pobres’”, Joaquín Edwards Bello, en Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular: 1886-1896*, Santiago, DIBAM, CIBDA, p. 66.

³⁵ Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, Santiago, Editorial Universitaria, 1972, p. 215.

³⁶ Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Élite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-*

ros y obreros salitreros que en las pampas se adaptarían, bajo una hibridación notoria entre el mundo costumbrista y la modernización, incluyendo la interacción con una temprana difusión de la opinión pública por medio de la prensa, que incluiría supuestas cartas escritas y enviadas por pampinos letrados denunciando los abusos dentro de las oficinas. Aquello, junto a la comunicación oral y los resabios del boca en boca, forjaría una conciencia de clase, donde según Angélica Illanes: “el proyecto moderno ilustrado es procesado por el trabajador pampino desde la tradición, la que habita en el lenguaje poético”³⁷.

El periódico *El Nacional* se encargaría de ser uno de los catalizadores del descontento en la pampa, durante lo que sería la baja artificial acordada de precios del salitre en 1889³⁸, que provocaría el aumento de la desocupación y el bandidaje.

En paralelo, los obreros portuarios también sufrirían los embates de la crisis por la depreciación de las remuneraciones de los gremios jornaleros y lancheros de Iquique. El 2 de julio de 1890, los lancheros, declarándose en huelga, extendieron el movimiento a otros gremios, dirigiéndose a la estación del Ferrocarril del Salitre con el fin de impedir las faenas de carga y descarga e invitando a más trabajadores a unirse a la huelga. En medio de estos sucesos, doscientos lancheros fueron a la imprenta de *El Nacional* para dar cuenta de las peticiones obreras, en vista del previo apoyo del periódico hacia las reivindicaciones populares. Lo que había sido mera retórica, ahora se concretizaba con el directo apoyo del periódico a las demandas. En paralelo, al interior se iniciaba un paro salitrero, sumando la llegada de mil quinientos huelguistas hacia Iquique, quienes apedrearían al periódico rival *La Voz de Chile*³⁹. Conllevando al pánico y severa vigilancia en la ciudad y las salitreras.

En cuanto a perjuicios causados, estos habrían sido de muy escasa importancia en Iquique, no así al interior, donde saquearon las pulperías de las oficinas salitreras San Donato, Constancia, Ramírez, Tres Marías, Sacramento de Zapiga, Estación de Zapiga⁴⁰. Luego de la explosión de violencia, la pampa fue ocupada por tropas del gobierno y cabecillas de *El Nacional* como Arturo Olivares, apodado “El Calichero”, fueron apresados mientras se ejercían despidos masivos contra los sospechosos por desmanes, de forma que el gobierno, para impedir un mayor caos, financió la repatriación hacia las provincias del sur de mil trabajadores para liberarlas de un foco de tensión⁴¹.

1895, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1997, p. 225.

³⁷ María Angélica Illanes, *La batalla de la memoria*, Santiago, Planeta-Ariel, 2002, p. 48.

³⁸ Para subir los precios del salitre se había acordado, para 1890, la suspensión de faenas para diciembre fijando las cuotas de producción para enero de aquel año. El arreglo no fue respetado debido a la espera empresarial de mayor productividad, intentando recaer la crisis en los trabajadores al bajar los salarios y conllevando a una serie de despidos, hallándose el mes de mayo quince oficinas operando de un total de cincuenta y una. Grez, *De la regeneración...*, *op. cit.*, p. 718.

³⁹ *Op. cit.*, p. 723.

⁴⁰ Carta del intendente al juez letrado Vital Martínez Ramos, 29 de septiembre de 1890, en Archivo de la Intendencia de Tarapacá, vol. 83, en Pinto, *Trabajos...*, *op. cit.*, p. 133.

⁴¹ *Op. cit.*, p. 134.

Para la huelga general de 1890, la situación de relativa tranquilidad amenazaba con evolucionar hacia “desbordes que ni siquiera el balmacedismo estaba dispuesto a tolerar”⁴², como evidenció la posterior militarización a dos días de iniciada la huelga. En el acto, algunos sectores utilizarían formas de relativa modernización política en cuanto al uso organizado de huelgas, mientras otros más radicalizados recurrían a la quema de oficinas salitreras como Las Tres Marías, Rosario y Ramírez. El saqueo en las Tres Marías con la muerte del pulpero motivaría la entrada de cincuenta soldados de refuerzo a Pisagua mientras se pedían refuerzos desde Tacna. Con ello el gobierno en la práctica prefirió seguir haciendo uso de la represión por sobre la negociación, traduciéndose en un definitivo distanciamiento popular. Como afirma Julio Pinto: “al crecer la amenaza generada en Tarapacá, el gobierno no vaciló en sacrificar a esos posibles aliados en aras de la conservación del orden social”⁴³.

MARCOS DE DISCURSOS OCULTOS ENTRE CONGRESISTAS Y BAJO PUEBLO SALITRERO

Para 1891 las disputas entre el Ejecutivo y el Legislativo habían llegado a su límite, llegando José Manuel Balmaceda a declarar el mismo presupuesto del año anterior con un parlamento clausurado, acto considerado como el inicio de la dictadura, llevando al Congreso Nacional a declarar al presidente fuera de la ley, aliándose con el capitán Jorge Montt y llevando la Escuadra Nacional en abierta rebelión el 7 de enero.

En principio, la desventaja para los congresistas o parlamentarios estaba a la vista: ¿dónde y cómo proveerse de más reclutas?, considerando que José Manuel Balmaceda como jefe de Estado controlaba la zona central y sur, y por medio de persecuciones podía reunir un ejército más numeroso y mejor equipado. Sin embargo, el establecimiento de la flota opositora en el norte, luchando por posicionarse en Iquique como enclave de vital importancia logística por el salitre, resultaría de suma importancia, permitiendo a los congresistas recurrir al enrolamiento de trabajadores en dichas zonas geográficas, con el fin de aumentar un ejército compuesto, en primera instancia, por la marina.

Para el improvisado bando congresista, sin medios significativos ni hegemonía en la zona, necesitado de recursos salitreros y hombres armados, solo le quedaba atraer a la futura “carne de cañón obrera” sin coerción, considerando el potencial organizativo ya demostrado por los trabajadores en los desmanes anteriores, bajo la presencia de fuertes lazos y una creciente opinión pública⁴⁴. La situación exigía una cautelosa actuación,

⁴² Grez, *De la regeneración del pueblo...*, *op. cit.*, p. 730.

⁴³ Pinto, *Trabajos...*, *op. cit.*, p. 249.

⁴⁴ La aparición de una fuerte opinión pública popular en las últimas décadas del siglo XIX es tratada por Eduardo Santa Cruz, como un fenómeno que llamaría “esfera pública plebeya” y que incluiría: “específicas formas, medios, y espacio de constitución de una identidad. Eduardo Santa Cruz, *La prensa chilena en el siglo XIX: Patricios, letrados, burgueses y plebeyos*, Santiago, Editorial Universitaria de Chile, 2013, p. 61.

pues la disputa por esta misma opinión popular estaría en juego. Ante este panorama era necesario el convencimiento por los mismos medios que ayudarían a dotar al bajo pueblo de una identidad de clase en desarrollo, para atraerlos gradualmente a una alianza que permitiera hacer de dicho ejército el sostén revolucionario, ayudando al mismo tiempo a resguardar el orden social con los eventos de 1890 aún en boga. Como afirma Alejandro San Francisco, el gran interés era: “aprovechar la fortaleza natural de esos mineros, y la experiencia de algunos en la guerra del Pacífico para que aprendieran rápida y disciplinadamente”⁴⁵.

Para los dueños de las salitreras, el nuevo año que comenzaba presentaba dos escenarios peligrosos: un gobierno radicalizado hacia posturas más nacionalistas, decidido a destruir las salitreras para evitar el abastecimiento enemigo⁴⁶ y, por otro lado, un movimiento obrero cada vez más desarrollado, con mayor conciencia de clase y organización interna, que a solo meses de la huelga general podría reactivarse en cualquier momento.

Es importante señalar que, siendo el objetivo del bando congressista instrumentalizar al mundo obrero, esto no implicaría la desvaloración del rol popular activo en la toma de posiciones, siendo la dimensión desde donde se desarrollaría el discurso infrapolítico oculto de las masas populares en negociación con los congressistas.

En principio, con la escuadra y las dos cámaras sublevadas, en el Norte Grande la situación estaría calmada. Tarapacá no presentaría mayores desórdenes luego de la represión de 1890. Según Carlos Mandiola Gana, el panorama en Antofagasta estuvo fuera de toda efervescencia social⁴⁷. Situación repetida en Taltal y Tocopilla, sin novedades con “una vida tranquila y de trabajo”⁴⁸, distinto al año anterior en Iquique. Por otro lado, los periódicos balmacedistas se mostraban confiados, desestimando cualquier indicio de desorden⁴⁹. Pese a ello y tomando en cuenta los eventos pasados, dentro del discurso oculto de las élites predominaba el miedo a una sublevación que pudiera servir al bando opositor⁵⁰, como mostrarían las posteriores actuaciones de los jefes militares, que tendrían que ceder ante los subordinados. Pese a todo, en principio

⁴⁵ Alejandro San Francisco, *La Guerra Civil de 1891: Chile. Un País, dos ejércitos, miles de muertos. Tomo II*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2016, p. 143.

⁴⁶ Carlos Mandiola Gana, *Páginas de la Guerra Civil de 1891: Retirada de la División Camus*, Santiago, Valparaíso, Sociedad Imprenta Litografía Barcelona, 1915, p. 189.

⁴⁷ *Op. cit.*, p. 29.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ Un ejemplo puede verse en otro párrafo de la ya mencionada editorial de *La Nación*, que señala: “Quien quiera que conozca a fondo los hábitos de orden i de respeto que caracterizan a nuestro pueblo con relación a las autoridades que lo gobiernan, no dejará de descubrir en su actitud presente una cordura que le obliga a mirar las cosas por su verdadero aspecto, sin dejarse engañar por el espejismo de las falsas ilusiones del momento”. “El por qué de la indiferencia del pueblo”, *La Nación*, Santiago, 13 de enero de 1891, p. 2.

⁵⁰ Este miedo fue visible durante toda la guerra, en especial por parte de José Manuel Balmaceda durante los primeros días de conflicto, enfatizado por Fanor Velasco, cercano al gabinete presidencial: “las dos terceras partes de la policía han salido para Valparaíso. Se teme un levantamiento del populacho durante el bloqueo i el combate de la escuadra con los fuertes, i para evitarlo se aumentan considerablemente las tropas de la plaza” en: Velasco, *La Revolución...*, *op. cit.*, p. 114.

el bajo pueblo aún se mantenía en sus lugares, sin mostrar apoyo o intención de aliarse con algún bando en disputa.

A partir de la arremetida obrera del año anterior, puede inferirse cómo dentro del discurso oculto, los trabajadores se encontraban expectantes frente al desarrollo de los acontecimientos, observando cómo reaccionar ante el nuevo horizonte abierto. Dicha situación proseguiría hasta fines de enero, cuando los congresistas comenzaron las operaciones. Luego de la batalla en Zapiga, el bajo pueblo barajaría sus oportunidades ante la escasez de recursos producto del bloqueo, recurriendo a un último intento por expresar sus demandas y esperando en dicho escenario ganar un apoyo pragmático. Dentro del propio discurso oculto del bajo pueblo salitrero, viendo a las élites enfrentadas entre sí, por medio de sus lazos organizativos en 1890, acordarían proseguir el conflicto social.

Carlos Mandiola Ganada cuenta de la necesidad de trabajo a principios de 1891, que en febrero del mismo año reactivaría el movimiento social a menor escala⁵¹. Al respecto, el funcionario balmacedista de iniciales J.V.G. señalaría cómo, la noche del 3 de febrero, se produciría en Pisagua una invasión de más de trescientos trabajadores desde las oficinas salitreras del interior. Refiriéndose a la conducción del motín obrero aseguraba:

“estos fueron reclutados i perorados por un tal *Felipe Alarcon* receptor de la subdelegación de Santa Catalina i ajente principal de los revolucionarios en la pampa. Los que también en la salida del mercado lanzaban piedras a los soldados a la voz de ‘¡Viva el Congreso! ¡Viva la Escuadra!’”⁵².

Dentro de este grupo había algunos más exaltados pidiendo que se les diera de comer o de lo contrario quemarían la ciudad. El comandante Valenzuela, luego de militarizar las calles ocupadas, prometió “darles rancho” o ración diaria, lo que para J.V.G. no habría sido aceptado pues: “lo único que deseaban i su principal objetivo era solamente el incendio i el saqueo.” Siendo finalmente reprimidos con un saldo de seis heridos y cuatro muertos⁵³.

En paralelo, el 4 de febrero, dos mil obreros se organizarían para marchar desde la pampa hasta la ciudad de Iquique por falta de abastecimiento, alarmando a los ejércitos gobiernistas. El testimonio de Carlos Mandiola Gana da cuenta del miedo presente en el imaginario oculto del bando balmacedista, quienes aseguraban cómo dicha marcha habría sido instigada por los propios congresistas para sembrar discordia:

“La llegada de Robles, coincidió con la sublevación de los trabajadores de las salitreras, los cuales, instigados por agentes revolucionarios, se venían sobre Iquique en forma descomedi-

⁵¹ Mandiola Gana, *Páginas de la Guerra...*, op. cit., p. 71.

⁵² J.V.G., *Recuerdos de la Revolución de 1891. Sucesos de Pisagua*. Los inquisidores del Pacífico, s/i, 1891, pp. 29 y 30.

⁵³ *Ibid.*

da, para pedir al Intendente que rindiera la plaza, tomando por pretexto falta de trabajo, cosa sumamente seria...”⁵⁴.

Así mismo, la pastora metodista Patrocinia Carmona Godoy, residente de la oficina Ramírez y testigo infantil de los hechos, también señalaría sobre el miedo en las autoridades salitreras ante la llegada de los trabajadores: “el administrador de la Oficina tuvo temor de saqueos e incendios que antes habían sufrido por una huelga. Él pidió al Intendente fuerza militar”⁵⁵. Replicándose la misma escena de Pisagua con una intermediación fallida que terminaría en masacre:

“El administrador les dijo que la fuerza militar que había llegado no era ningún peligro para ellos y que estuviesen tranquilos. Sin embargo, tan pronto como el administrador entró en su casa, la oficina empezó a recibir una lluvia de balas. Cesaron un momento y luego los soldados de casa en casa sacaban a todos los hombres poniéndolos todos en fila frente de la administración”⁵⁶.

Dando como resultado una matanza de mayor proporción: “En ese momento llegó una carreta grande de la oficina, que se llamaba El Huáscar, repleta de muertos. Los vaciaron como salitre. Era la primera vez en mis once años que vi cadáveres y en forma tan desastrosa, con caras llenas de sangre y cráneos hechos pedazos”⁵⁷.

La represión en la oficina Ramírez terminaría inclinando a los obreros a favor de los congresistas⁵⁸, entablando alianza con el bando opositor en sus intentos de tomar el puerto, con el fin de reivindicar sus anteriores demandas y utilizar dicha oportunidad para vengar lo que consideraban otra traición por parte de José Manuel Balmaceda, garantizando además protección momentánea ante las agudas circunstancias de escasez y precariedad en el norte.

Según lo expuesto, es posible la existencia de una instigación por parte de agentes congresistas hacia el actuar popular salitrero, pero los propios relatos del intendente Gana y el funcionario J.V.G., desde la mirada sesgada de un discurso público balmacedista, evadirían darle mayor autonomía a la acción obrera, adjudicando el actuar solo a factores de manipulación externa. A partir de lo anterior, se infiere entre el mundo popular la continuidad del discurso oculto de resistencia organizada, vedado a las élites, aprovechando dentro de sus posibilidades la caótica situación para presentarse de forma pacífica, pero al mismo tiempo con implícita presencia de fuerza frente al recién llegado

⁵⁴ Mandiola Gana, *Páginas de la Guerra...*, op. cit., p. 71.

⁵⁵ Patrocinia Carmona Godoy, “Patrocinia Carmona Godoy (1879-1925)”, en Florrie Snow B. (ed.), *Serie testimonio de fe y vida*, Santiago, Ediciones Metodistas, 1992, p. 14.

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ *Op. cit.*, p. 15.

⁵⁸ Pinto, *Trabajos...*, op. cit., p. 122; Enrique Reyes Navarro, “Los trabajadores del área salitrera, la huelga general de 1890 y Balmaceda”, en Ortega (ed.), *La Guerra Civil...*, op. cit., p. 96; Hrjov Ostojic Peric, *Tarapacá 1891, donde Balmaceda perdió la guerra*, Iquique, Editorial Pino Oregón, 2016, pp. 32-34.

ejército balmacedista, con el objetivo de llegar a un entendimiento que en plena guerra fuera beneficioso para ambos bandos. No obstante, al ser reprimidos en reiteradas ocasiones, la balanza se inclinaría a la alianza con los congresistas.

Más allá de los posteriores saqueos en Iquique tras el combate de San Francisco o Dolores⁵⁹, ejercidos en gran medida por obreros salitreros del interior, y la supuesta instrumentalización para causar caos a los balmacedistas, las fuentes en principio no mencionan a sectores populares plegándose como reclutas a la causa, mostrando la predominancia de la duda y cautela ante un escenario de incertidumbre, más allá de provocadores actos y gestos aislados de “vivas” a favor de los revolucionarios, aprovechando la euforia de la situación para hacer público un discurso mantenido oculto y desarrollado de forma gradual desde los espacios populares. Sin embargo, el actuar obrero de Pisagua mostraría cómo, incluso bajo condiciones de pillaje y motín, seguía existiendo una intencionalidad por desafiar a las autoridades⁶⁰.

Ante el horizonte de posibilidades dejado por la huelga general de 1890, y los intentos por bajar a Iquique y Pisagua, se infiere la urgencia por recurrir a consensos y alianzas momentáneas con los nuevos dominadores, bajo una lógica de supervivencia de los subordinados centrada en manipular desde la sumisión para conseguir sus fines⁶¹. Acciones y resultados se condicionarían por una barrera tácita de acuerdos, generados a medida que el desarrollo del conflicto permitiera el acercamiento entre ambos grupos.

Así, se presentaba la oportunidad para aquellos sujetos de vengarse no solo de la afrenta de un presidente que muchos admiraron en su momento, siendo la ocasión para enfrentar y descargar su propio resentimiento hacia el circundante orden e invisibilización de aquel sistema. En medio del desierto, la proletarización forzada, el deseo de una nueva vida, y la propia crisis de desempleo y falta de alimentos, se conjugaron en la elección de miles de obreros por sumarse de forma voluntaria a la oportunidad presentada.

Tal como durante la huelga general de 1890, la oralidad y las relaciones del cotidiano popular cumplieron un importante papel de resistencia y sospecha ante el desen-

⁵⁹ El bajo pueblo en Iquique aprovecharía la derrota gobiernista en las batallas de San Francisco y Huara para saquear Iquique, no obstante, fueron actos aislados sin antecedentes que indiquen una planificación deliberada, pero que resultarían ejemplos de rupturas públicas del discurso oculto, mostrando las intenciones de las masas populares de aprovechar las oportunidades. Eulogio Robles las describió como “peonadas descolgadas de Huantajaya” y según él habrían sido instigadas por congresistas. Al mismo tiempo algunos sectores se sumaron de forma directa al combate, entre ellos el editor obrero Timoleón Lorca como “práctico del camino” de las tropas de marina, acompañado de cuarenta reclutas de “El Chañaral”. Véase: “Documento Núm. 26. Combates de San Francisco i Huara”, Huara, 19 de febrero de 1891, en Baldomero Rojas Arancibia, *Memorandum de la Revolución de 1891: Datos para la historia*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1892, pp. 94 y 99, respectivamente.

⁶⁰ Las tropas que bajarían la noche del 3 de febrero a Pisagua para hacer presión amenazarían con saquear e incendiar, mientras en paralelo algunos comenzaban a “desempedrar la plaza” frente al mercado, lanzando piedras al ejército, generando disparos por parte de la tropa que correría contra los manifestantes tomando prisioneros. A raíz de estos hechos, los obreros amenazaron al comercio para pedir la liberación de sus compañeros, lo que terminaría en el fusilamiento de algunos manifestantes. J.V.G., *Recuerdos de la Revolución...*, op. cit., pp. 30-31.

⁶¹ Op. cit., p. 65.

volvimiento de los hechos y siendo, según James Scott, acontecimientos como guerras, motines, epidemias, entre otros, marcos privilegiados en la producción de rumores anónimos como parte del discurso oculto⁶², en zonas aisladas donde el accionar grupal y el compañerismo eran importantes factores de supervivencia, los propios circuitos de comunicación oral respecto a la llegada de noticias, la información disponible para los alfabetizados⁶³, y las suposiciones derivadas de estos factores, incentivarían a los obreros a tomar la delantera para desenvolverse ante la situación. No obstante, el efecto de “carta cadena” (la reproducción de una información difundida para multiplicarse en sucesión consecutiva) generaría variadas deformaciones del relato. Como menciona James Scott en relación con este fenómeno: “el rumor pierde parte de su información y gana elementos que se corresponden con el conjunto de la subjetividad de los mensajeros”⁶⁴.

La mención hecha por Carlos Mandiola Gana, sobre el recibimiento de un grupo de familias obreras del salitre ante la llegada de las tropas balmacedistas de Hermógenes Camus, se presenta como ejemplo paradigmático. Las familias, mostrándose alegres, darían la bienvenida a los recién llegados con todo tipo de provisiones, siendo un ejemplo de mascarada pública, basada en rumores que cubrían las verdaderas intenciones mantenidas en el discurso oculto, donde había desconfianza y temor, siendo develadas, en casos como este, las verdaderas intenciones solo en ámbitos de confianza, mencionando dicha fuente cómo las familias, ante la ausencia de peligro, confesarían que temerosas de represalias habrían decidido recibirlos con todo tipo de alimentos ya en ese entonces escasos, mientras los maridos trabajadores, escondidos y preparados, observaban la situación:

“Ellos naturalmente no lo dijeron pero en su conversación lo dieron de paso a conocer. Cuando supieron que una división iba en dirección al Toco, se corrió la voz que venía acometiendo en su trayecto toda clase de estorciones (aunque es cierto no había con quien) y se dijo que llegando a este lugar se llevaría todos los hombres, y aun los niños y después se quemarían y arrasarían con todo. Nos creían pues ni más ni menos que unos vándalos. Gente ignorante creyó en su bondad que lo mejor para evitar estos estragos era recibimos de la manera que lo hicieron. Los hombres por este motivo se escondieron”⁶⁵.

Del mismo modo, el “viajero Gil Juan” en testimonio similar, narraría el importante rol de los rumores en generar ciertos climas de presión implícita que llegarían a las élites. Refiriéndose a los rumores de soldados y sargentos “inmolados por el tirano” en Santiago, señala: “Estos hechos, circulando de boca en boca entre la multitud y en las fi-

⁶² Scott, *Los dominados...*, *op. cit.*, p. 207.

⁶³ A fines de 1884, el censo en Tarapacá ya revelaba una gran mayoría de artesanos y trabajadores alfabetizados: sobre el 50 % de la población masculina; en tanto que para 1895 Tarapacá exhibía los índices de alfabetismo más altos del país con un 56,7 % de la población masculina mayor de cinco años. en Pinto, *Trabajos...*, *op. cit.*, p. 68.

⁶⁴ Scott, *Los dominados...*, *op. cit.*, p. 208.

⁶⁵ Mandiola Gana, *Páginas de la Guerra...*, *op. cit.*, p. 159.

las del ejército, arrancan a todo hombre de corazón un juramento de venganza y obligan a la Junta de Gobierno a apresurar los preparativos para la próxima jornada⁶⁶.

Por otro lado, el balmacedista Arturo Olid Araya, menciona en sus memorias un supuesto atenuante de motivación presente en muchos enrolados por los congresistas:

“jefes militares que como Del Canto, Holley y Urrutia, se habían puesto incondicionalmente a las órdenes de la delegación del Congreso, aprovechando los servicios de algunos desertores de las tropas del Gobierno o bien enganchando como soldados a los trabajadores de las salitre-ras, a quienes se les había ofrecido como una prima un saqueito preliminar en Iquique y otro definitivo en Valparaíso y Santiago⁶⁷.”

Arturo Olid, en su relato, enfatiza sobre una supuesta presión implícita, basada en una manipulación de la subjetividad obrera, aludiendo a la larga data de ambición, violencia y bandidaje canalizada contra José Manuel Balmaceda, bajo la promesa de cuantiosas ganancias producto de saqueos permitidos en los hogares gobiernistas. Podría contra argumentarse esta afirmación aludiendo a la posterioridad de estas memorias, siendo influenciadas por el reciente recuerdo de los saqueos ocurridos al final del conflicto en las ciudades de Valparaíso y Santiago, por turbas populares y tropas congresistas provenientes del norte, destacándose el papel de diversos opositores a Balmaceda en la señalización y conducción de estas⁶⁸. De forma que el relato podría haber sido obra de una conclusión posterior, de la experiencia analizada mediante estos hechos. Sin embargo, dicha versión también aparece sostenida por el parte militar del general balmacedista Eulogio Robles tras la batalla de Huará y del llamado “combate de la Aduana”, quien, de forma breve, refiriéndose a los saqueos e incendios en la aduana de Iquique y alrededores, señalaría: “Oposición, para tener adictos, ofrece a sus tropas saqueos de los pueblos⁶⁹”. Tanto Arturo Olid como Eulogio Robles, ambos partícipes del ejército gobiernista, no mencionan ni cómo ni dónde habrían conseguido dicha información, haciendo suponer que su origen estaría en circuitos de rumores propios del contexto de niebla de guerra, demostrando un discurso oculto similar en torno a los deseos de saqueo, ya sea por venganza, ajusticiamiento consuetudinario, o mero oportunismo. Indicando las fuentes el temor oculto de los balmacedistas ante una instrumentalización del potencial popular por parte de sus opositores.

Un marco de actuaciones públicas bajo enmascaramientos, producto del empate técnico en cuanto a movilización, con la élite congresista y el mundo popular salitrero

⁶⁶ Juan Gil, *La Revolución Chilena (impresiones de un viajero)*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1892, p. 244.

⁶⁷ Arturo Olid Araya, *Crónicas de Guerra: Relatos de un ex combatiente de la Guerra del Pacífico y la Revolución de 1891*, Santiago, RIL Editores, 1999, p. 180.

⁶⁸ Sobre los saqueos, Enrique Barbosa mencionaría: “Una turba inmensa venía por la calle, precedida de un coche cerrado. El coche se detuvo. De una de sus ventanillas salió una mano que agitaba una campanilla, y la muchedumbre se congregó cerca, como esperando una orden.” Barbosa, *Como si fuera hoy...*, *op. cit.*, p. 117.

⁶⁹ “Documento Núm. 26. Combates de San Francisco i Huará”, Huará, 19 de febrero de 1891, en Rojas Arancibia, *Memorandum...*, *op. cit.*, p. 94.

incapaces de actuar producto de la desconfianza y cautela ante el potencial del otro, conllevaría a que ambos bandos cedieran posiciones para recurrir a consensos y acercamientos con tal de combatir al enemigo en común balmacedista, siendo en este caso las élites quienes más tendrían que flexibilizar su táctica, dejando las convocatorias forzadas para ceder a prácticas de convocatoria instrumental, enfocadas a sectores populares más cercanos al mundo peonal.

CONSENSOS Y ACERCAMIENTOS

Con la gradual consolidación de las tropas congresistas en el Norte Grande, comenzarían las reclutas voluntarias que engrosarían el ejército incorporando, junto al grueso de la marina, la presencia de los obreros salitreros⁷⁰. Bajo una mascarada donde debían mostrarse lo más empáticos posibles, la formación de dichas reclutas dependería de los acercamientos y la voluntad obrera para recibir y aceptar la alianza.

El general Adolfo Holley, en parte militar al comandante en jefe del Ejército Constitucional Jorge Montt, aseguraba el 13 de marzo de 1891 del interés de enrolamiento por parte de los obreros: “US. Sabe que nuestras fuerzas en su gran totalidad habían sido formadas con voluntarios tan entusiastas como bisoños y con un material de guerra que fue a menester arrebatar rifle por rifle al enemigo”⁷¹.

Similar aspecto puede verse en el comunicado emitido por el futuro presidente de la Junta en Iquique, Jorge Montt el 15 de abril de 1891, señalando:

“Considerando que las fuerzas constitucionales se organizan con voluntarios que solo persiguen el patriótico propósito de restablecer el orden legal en la República, la Junta de Gobierno Decreta: Los individuos de tropa que ingresen a formar parte del Ejército asentarán sus compromisos por el tiempo que dure la guerra, y si al término de ella no desearan continuar en el servicio, serán restituidos a sus hogares por cuenta del Estado”⁷².

⁷⁰ Al menos durante los primeros meses de las operaciones en el Norte Grande, las menciones de enganches voluntarios son bastante escasas. El *Boletín Oficial de la Junta de Gobierno* que comenzaría a circular recién a fines de mayo, en un apartado de “Documentos anteriores a la Junta de Gobierno”, hace mención a la existencia, a fines de enero, de comisiones de enganche o intentos de estas en Coquimbo con el fin de tener contingentes para tomar la zona. A bordo del *Blanco Encalada* los representantes de la Junta solicitaban la ayuda del intendente de dicha ciudad: “Para proceder con acierto necesitamos la importante e ilustrada cooperación de V.S. que como antiguo vecino de la provincia, sabe de dónde puede obtenerse auxiliares que ingresen a los cuerpos de nueva formación y donde puede decretarse la movilización de los cuerpos cívicos existentes [...] pero como se aproxima esta campaña recomendamos a V.S. que se proceda sin pérdida de tiempo a enviar comisiones de enganche a los diversos centros de población y continuar adoptando todas las medidas que estime necesario.” En: “A bordo del Blanco Encalada”, Coquimbo, 24 de enero de 1891, en República de Chile, *Boletín Oficial de la Junta de Gobierno*, n.º 5, Iquique, 21 de junio de 1891, p. 61.

⁷¹ Gil, *La Revolución Chilena...*, op. cit., p. 285.

⁷² “Sección de Guerra N.º 1”, Iquique, 15 de abril de 1891, Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Fondo Ministerio de Guerra (en adelante MDG), vol. 2039. f. 1.

Es importante referir la buena voluntad de fondo en las anteriores fuentes, pues señalan que pese a tener opciones de recurrir a otro tipo de mecanismos coercitivos, directos o indirectos a través de chantajes desde los empleadores salitreros, se enfatizaría el aspecto voluntario de los trabajadores para formar las filas, en relación a la estrategia congresista que careciendo de poder coercitivo y hegemónico suficiente con el cual subordinar al bajo pueblo nortino, se vio en la necesidad de recurrir a la voluntad obrera para engrosar su ejército, siendo cohesionado desde el propio *ethos* obrero, y bajo una fraternidad de clase. Las élites necesitaban primero generar cierta confianza y mecanismos discursivos que difundieran las intenciones de los ocupantes hacia los subordinados, intentando ocupar el espacio de cercanía ya generado por la prensa hacia el bajo pueblo, para alinear lo más posible la confianza y opinión pública a su favor.

Así mismo, la línea editorial pro balmacedista de *El Nacional* fue eclipsada por una anti mandatario, sugiriendo el control del ala liberal-demócrata contra el gobierno en la hegemonía editorial ante la llegada de los nuevos invasores. Durante los primeros meses, la labor de la prensa se centró en crear un clima belicista apelando a una cruzada justiciera contra José Manuel Balmaceda frente a la cual el pueblo supuestamente accedería de manera patriótica. Crear una atmósfera de esta índole no sería difícil, primero, por el resentimiento latente derivado de la represión ejercida junto a elementos de especificidad coyuntural como los ecos de noticias que señalaban la inminente sublevación. Si las élites habían podido levantarse contra del presidente ¿qué impediría a los obreros rebelarse de nuevo si la situación se tornaba más favorable en medio del desgaste de los ocupantes?

Las convocatorias a través de la prensa debían basarse en acercamientos que aceptaran y valoraran la presencia popular, incorporándolos a sus filas en su retórica, bajo una causa sin diferenciaciones sociales, presentando en un mismo marco de resistencia al ejército peleando en condición igualitaria contra un mal nunca visto por sobre cualquier diferenciación social, política o económica, para reforzar y cohesionar los lazos de unidad. Conceptos usados de forma más frecuente tales como: explotados, privilegios, clases obreras, entre otros, serían reemplazados o atenuados por significaciones menos particulares de realidades de clase como: pueblo, patriotas y soldados. Pese a lo vago e impreciso que puedan parecer, se transformarían en categorías de alto contenido simbólico dispuestas a reforzar un estado de conciencia en torno a una identidad en común. Con una línea editorial cercana al mundo obrero, se ensalzarían las gestas congresistas y el entusiasmo popular: “En las provincias la opinión es favorable en su mayoría, a la revolución. El Gobierno sigue reduciendo a prisión a todos los que no le son afectos, hasta el punto de que nadie se atreve a hablar con libertad, por miedo a la policía”⁷³. Así también lo señalaba la columna “Patriotismo y entusiasmo del pueblo”:

⁷³ “Simpatías a los insurrectos”, en *El Nacional*, 4 de marzo de 1891, p. 1.

“En la última lancha de las que conducían tropas se embarcaron también muchas personas a quienes el fuego santo del patriotismo hizo olvidar en un instante toda consideración que hubiera podido detenerlos, aun la de que iban sin armas. Otros muchos se quedaron solo con el deseo de marchar, pues no fue posible admitirlos por estar las lanchas completamente llenas. De seguro que hechos como este no los verá el caballero de la melena en sus dominios, donde es fama que los soldados que forman sus ya escasos batallones, son traídos amarrados de los campos y obligados por el terror a permanecer en las filas”⁷⁴.

Poniendo de realce el contraste entre esta masiva convocatoria y la de los ejércitos balmacedistas del “caballero de la melena”, aludiendo a los ademanes del presidente, que contrastarían con la supuesta virilidad popular, el mismo periódico mencionaba:

“Por su misma jente, ¿Qué dira Balmaceda cuando sepa por los informes de sus mismos empleados el orden y entusiasmo por la causa del derecho de que marchan poseídos los valerosos soldados del Congreso? Se convendrá de que no son turbas inconscientes, ávidas de robo y pillaje, sino honrados ciudadanos que se levantan indignados al ver conculcados su libertad, ¿y atropellados sus derechos por un tirano de sainete, cobarde y afeminado?”⁷⁵

Similar ocurría con las tropas entregándose y uniéndose al ejército congresista, en donde la caballería en la búsqueda de fugitivos traía: “a los desertores y dispersos de esas tropas, que venían a presentarse al ejército constitucional y cuyo número ascendió ese día como a ochenta con los de Playa Blanca, contándose entre ellos seis de los dragones de Santiago”⁷⁶.

Importante es el énfasis a la mención de “nuestra” caballería, indicando el carácter identitario de algo “propio”, compartido por los aliados, donde el pueblo en general se proyectaba como partícipe de la causa. También resaltaban el honor y la ética tras las demandas obreras contra la supuesta insensibilidad de José Manuel Balmaceda, aludiendo a la represión en la oficina Ramírez: “El único delito de los infelices que aquí fueron asesinados consistió en pretender venir a Iquique, en unión de tres o cuatro mil de sus compañeros en busca del pan, que ya faltaba para sus familias en los establecimientos salitreros”⁷⁷.

Así, *La Patria* sería otro periódico que tomaría esta ruta de opinión pública dirigida al mundo obrero durante el conflicto, disputando el sitio de cercanía que poseía *El Nacional*, ensalzando las epopeyas obreras, bajo la identidad congresista de “constitucionales” y resaltando las gestas de obreros soldados, en especial de sus cabecillas:

“¿Cómo resistir a la tentación de dejar estampados en el lienzo del gran cuadro de la campaña los perfiles oriñales del bullangero maestrilo Soto, los del pesado y cruel Robles, hacer de-

⁷⁴ “Patriotismo y entusiasmo del pueblo”, en *La Patria*, Iquique, 23 de marzo de 1891, p. 2.

⁷⁵ “Por su misma jente”, en *La Patria*, Iquique, 23 de marzo de 1891, p. 2.

⁷⁶ “Nuestra caballería”, en *La Patria*, Iquique, 31 de marzo de 1891, p. 2.

⁷⁷ “El abastecimiento de la provincia”, en *La Patria*, Iquique, 30 de marzo de 1891, p. 2.

sarrollarse, ante nuestros lectores, los anillos de la inquieta y peligrosa anguila a que la lojica de las situaciones ha vencido a hacer alcanzar proporciones de serpiente de mar y pasar a la posteridad bajo el nombre ominoso de Jose Manuel Balmaceda?⁷⁷⁸

Dentro de la misma alusión también se contrastaría a estas figuras “heroicas”, luchando contra la “serpiente de mar ominosa” que representaba Balmaceda, bajo epítetos como:

“esos grotescos murciélagos de una hora los Claudio Vicuña y los Domingo Godoy, los Bañados y los Barbosa, los Valdez Valderon y los Stephan, creaciones caprichosas de la fantasía dictatorial, calumnias vivientes levantadas por un demonio travieso a la rectitud y seriedad de nuestro carácter nacional⁷⁷⁹”.

Todas estas evocaciones servían para exaltar figuras como ejemplos de virtud o inmoralidad. La prensa no sería un único factor para profundizar la alianza, pero sí cumpliría con alinear voluntades en torno a un estado de conciencia en común, cohesionado en torno al balmacedismo como amenaza. Pero dicha retórica no sería recibida de forma pasiva, siendo en sus propios espacios interpretada por los receptores obreros, dando cuenta de la oculta organización ante el poder, esperando garantías no solo simbólicas, sino concretas por parte de los dominantes, debiendo estos cumplir con reconocer la expuesta dignidad obrera. Una vez reclutados, las élites debían dar señales tácitas a los subordinados, cumpliendo en generar buenos tratos por sobre cualquier arbitrariedad que hiciera peligrar la cohesión:

“Por nuestra parte lo aseguramos, con documentos en la mano, que en el ejército del norte, desde el día de su organización hasta la fecha, no se ha dado un solo palo, como se da todos los días en los cuarteles de la dictadura. Aseguramos, también, que en ese ejército no hai un solo hombre que no sea voluntario de la causa, no hay un solo batallón que este acuartelado, a diferencia de los cuarteles de la dictadura que más que tales parecen prisiones. Soldados voluntarios de una causa noble i santa son los que van al cuartel por su propia i esclusiva voluntad i tienen en él su casa, son los que acuden al llamado del patriotismo, para dar libertad a su patria⁷⁸⁰”.

La idea del consenso quedaría expuesta en contraste con las reclutas balmacedistas de la zona central, descritos como prisioneros expuestos a constantes agresiones, como forma de mostrar ante la esfera pública plebeya que los obreros en condición de voluntarios eran hombres libres, diferentes de los “presidarios” bajo enrolamiento forzoso. El periódico *El Mercurio*, volviendo a circular a poco tiempo de finalizar el conflicto, aseguraba: “Ningún soldado ha sido enrolado por la fuerza y ahora mismo

⁷⁸ “Figuras de la campaña”, en *La Patria*, Iquique, 21 de marzo de 1891, p. 2.

⁷⁹ *Ibid.*

⁸⁰ “La Dictadura i la revolucion”, en *El Congreso*, 26 de junio de 1891, p. 2.

todos saben que pueden retirarse del cuartel cuando quieran, con la libertad con que se presentaron a él”⁸¹.

Lo que nos da cuenta de que, pese a ser fuentes anti balmacedistas intentando a nivel discursivo una objetividad tras los hechos, terminarían expuestos según las motivaciones públicas congresistas. No obstante, no se trataría de interpretaciones arbitrarias del autor, tomando en cuenta que, de haber grados de resistencia abierta en la formación, no hubiera sido sencillo llevar a cabo a largo plazo la misión, siendo la negociación un factor apaciguador. Eloy Caviedes mencionaría:

“Trabajadores de las salitreras había que ganaban 5, 6, 8 y aun 10 pesos diarios en las oficinas, sin que sus vidas corriesen allí el menor riesgo, y esto no obstante, acudían en masa a enrolarse en las filas del ejército constitucional para encerrarse 34 en los cuarteles a dormir mal y comer peor, sin recibir por todo el sueldo, a título de supe, más que la modesta suma de ¡diez pesos mensuales!”⁸²

Es necesario matizar señalando que, en gran parte, se creía que la campaña sería corta: “Muchos de ellos, que disponían de fondos y que creían corta la campaña, hasta se contentaban con el escaso rancho y renunciaban por completo a toda remuneración”⁸³. Lo anterior también demostraría la existencia de un entusiasmo y compromiso con la misión, percibido a nivel público de esa manera. Sin embargo y por la propia precariedad, se puede inferir también cómo la predisposición anímica estaría condicionada según las expectativas.

En lo que respecta a la preparación militar, los ejercicios se hacían constantes para mantener en alto la moral, con el fin de que los obreros internalizaran más a fondo su rol de soldado. Los reclutadores debían respetar tiempos y espacios de los obreros en combate, cediendo a garantías de relativa autonomía en sus faenas. En dicho contexto los generales necesitaban de más hombres, pero a la vez estaban conscientes de la precariedad, falta de víveres y la necesidad de más trabajo, del cual tampoco podían prescindir para seguir produciendo salitre y generar ingresos para proseguir la guerra. En dicho contexto, Estanislao del Canto reproduce el deferente diálogo con uno de aquellos combatientes:

“Mi Coronel, nuestras familias se van sintiendo pobretonas, pues no ganamos sueldo suficiente para mantenerlas: las herramientas (refiriéndose a las armas) quién sabe cuándo llegarán; ¿Por qué no nos permite ir por algunos días a trabajar a las salitreras para ganar algo para nuestras familias, y tan luego como lleguen las herramientas volvemos otra vez a su lado?”⁸⁴

⁸¹ *El Mercurio*, Valparaíso, 2 de septiembre de 1891, p. 1.

⁸² Caviedes, *Las últimas operaciones...*, *op. cit.*, p. 10.

⁸³ *Ibid.*

⁸⁴ Del Canto, *Memorias militares...*, *op. cit.*, pp. 407-408.

El párrafo muestra la dinámica que permitiría a los trabajadores seguir en sus faenas, prometiendo a quienes se habían enrolado continuar cuando llegaran las armas, mediante un consenso que permitiera a los trabajadores intercalar roles sin problema, con previa autorización de los mandos, ayudando a flexibilizar la situación en que se encontraban.

En síntesis, también es importante destacar que más allá de todo idealismo público en las fuentes, el apoyo moral a la empresa no fue del todo homogéneo, tambaleando y desarmándose en su coherencia durante periodos de crisis e inmovilidad, algo reconocido aun por las fuentes más propagandísticas del discurso congresista, no omitiendo detalles en cuanto a reconocer el desgano y las vacilaciones. Eloy Caviedes mencionaría al respecto: “Sin armas, y por lo tanto sin ejercicios, pobres, harapientos, los días pasaban en medio de una forzada ociosidad y el aburrimiento y el tedio comenzaron a dominar los corazones”⁸⁵. Lo que se traduciría en la presencia de desertiones que comenzarían a hacerse notar:

“Las desertiones alcanzaron a una cifra alarmante, el descontento ganaba cuerpo; los balma-cedistas se atrevían a echar de menos en voz alta las gangas de la tiranía, las colmadas ollas de Ejipto. Una sombra de tristeza, una indiferencia fúnebre un torpor moral se apoderaban de muchos. En pocos días el número de nuestros soldados escedia en mui poco al de las armas con que contábamos”⁸⁶.

En dicho escenario, los congresistas, habiendo cedido garantías para sumar obreros, permitiendo el entrenamiento armado y la posibilidad de volver a sus faenas, debían ser reticentes al mayor uso coercitivo sobre las tropas, si no querían un mayor desbande que llevara a un levantamiento abierto. No obstante, estableciendo en paralelo ciertos límites en cuanto a los marcos de acción popular, en especial centrados en la disciplina.

En carta al “Inspector Jeneral del Ejército Constitucional de Iquique”, se menciona cómo “no habría ninguna conveniencia en mantener por más tiempo en el mando a ciertos generales y subtenientes”, en la mira por desórdenes junto a sus subordinados salitreros:

“En vista de la ninguna conveniencia que habría en mantener por más tiempo en el cuerpo de mi mando al Subteniente don [ininteligible] Guerrero, Sargento 2º Leoncio Francino, Cabos 2ºos Marcos Maturana e Hilario Parra i a los soldados Mascimiliano Lira, Juan Mena, Carlos Perez i Eduardo Salcedo; por ser el primero de escasa intelijencia, mal carácter i peores condiciones para el servicio de las armas, i en cuanto a los individuos de tropa debo decir a UD que tienen pésima conducta u mui malos antecedentes, al extremo de haber intentado amotinarse con sus oficiales el día que salio el Batallon de [ininteligible] para este Campamento”⁸⁷.

⁸⁵ Caviedes, *Las últimas operaciones...*, op. cit., p. 15.

⁸⁶ *Ibid.*

⁸⁷ “Al Sr. Inspector Civil Ejército Constitucional”, Campamento La Central, 6 de abril de 1891, AHN, MDG, vol. 2039, n.º 2.

Ello implicaba hacer cumplir los acuerdos tácitos de cooperación. Así como a nivel implícito los obreros exigirían a los congresistas comportarse según las circunstancias, los propios dominadores en Iquique velarían por que los obreros se mantuvieran a raya, sin sobrepasar los marcos, en especial con los dueños de las oficinas salitreras que vigilarían a los obreros dando cuenta a las autoridades ante cualquier sospecha. Al respecto, el intendente de Iquique, en carta al ministro de Guerra, daría cuenta de cómo doce días atrás “Jose Devescovi dueño de la oficina salitrera Constancia”, se había hecho presente asegurando: “que los trabajadores de esa oficina tenían escondidos algunos armamentos y municiones, que convenia quitarles para evitar las desgracias que pudieran ocurrir, si en momentos de obsecacion de esa jente, hacian uso de ellas”. El intendente seguiría detallando:

“El infraescrito tomando en consideracion la dificultad que habia para descubrir el lugar ó lugares en que tenian ocultas esas especies, prefirio mas bien adquirirlas mediante el pago de una prima por la entrega de éllas; y al efecto, autorizó al Administrador de la oficina, para que me pagara quince pesos por cada rifle Grass o Comblain con bayoneta; dies pesos por cada rifle de los mismos sistemas sin bayoneta; diez por cada Beaumont”⁸⁸.

Por la descripción armamentística, el testimonio de Jose Devescovi daría cuenta de cómo los obreros habrían arrebatado y escondido en sus oficinas parte del armamento de guerra adquirido durante los entrenamientos. Ante el suceso, el dueño de la oficina en vez de llamar a reprimir como el año anterior preferiría delegar en el administrador la negociación para comprar dichas armas y así desbaratar de forma pacífica un posible complot o rebelión armada. Mostrando cómo los obreros, pese a respetar los consensos, también buscarían brechas y oportunidades para resguardarse de los dominadores, como plan secundario en caso de posible traición o por si la situación ameritaba presiones más radicales. Los obreros al verse descubiertos y temiendo mayores represalias, entregarían las armas a cambio de dinero, y por otro lado el dueño de la salitrera, temiendo una sublevación armada, y ante la impotencia de aplicar medidas coercitivas para dar con el escondite, preferiría recurrir a la conciliación, evidenciando cómo las circunstancias forzarían a ambos grupos a resguardar su discurso oculto frente al otro, enmascarando la desconfianza y las reales intenciones.

Fuera del acuerdo tácito y el temor que obligaría al dueño de la oficina a ceder: ¿habrían existido presiones coercitivas de fondo por parte de los dueños y administradores salitreros? Hernán Ramírez Necochea, recogiendo un documento de la Legación de Estados Unidos en Chile, mencionaría una supuesta presencia coercitiva tras el actuar salitrero: “Los gerentes y superintendentes de las oficinas inglesas en Tarapacá urgían a sus trabajadores a unirse a los revolucionarios, prometiéndoles \$2 por día durante el periodo a sus servicio” citando, al mismo tiempo, la existencia de una presión explícita de por

⁸⁸ “Al Sr. Ministro de la Guerra”, Iquique, 25 de abril de 1891, AHN, MDG, vol. 2040. s/f.

medio: “amenazándolos con dejarlos cesantes y que a menos que se unieran (a los rebeldes) ellos nunca volverían a tener trabajo en Tarapacá”⁸⁹. Dicha nota es citada como fuente creíble por su origen gubernamental, sin embargo de igual modo la ponemos en duda, al estar mediada por el punto de vista emisor, considerando el contexto pragmático de acercamiento entre Estados Unidos y su canciller hacia José Manuel Balmaceda a lo largo de la contienda, siendo además el único documento de sustento burocrático o gubernamental en describir tal afirmación, ausente en otras fuentes apologéticas del bando gobiernista y de la administración balmacedista, que pudieron haberse utilizado a pocos años del conflicto para rebatir la idea de un consenso voluntario en el norte y así limpiar la memoria del fenecido presidente⁹⁰.

Pese al desgano y a hechos como los de la oficina Constancia, en general la formación del ejército se mantuvo, no habiendo amotinamientos masivos como en la zona sur⁹¹, siendo importante la deferencia existente de los cabecillas de la revolución hacia los sujetos del Norte. Los consensos implícitos en condiciones precarias también son testimoniados en la versión dada por Ismael Valdés Vergara sobre el estado de ánimo y disposición de las tropas, antes de la llegada de provisiones y armas desde el vapor Maipo en el mes de julio:

“Fue imposible pensar, antes del arribo del Maipo, en el alistamiento de voluntarios, porque además de negarse éstos a quedar en los cuarteles de guarnición, no se podía paralizar el trabajo de las salitreras sin disminuir considerablemente las rentas que percibíamos por impuesto sobre el salitre, única fuente de entradas. Pero tan pronto como se supo que había armamento, y que se había resuelto expedicionar al sur, afluyeron de todas partes los voluntarios, y en todas las provincias en que imperaba el régimen legal se suspendieron las faenas industriales para estimular y facilitar la organización del ejército”⁹².

⁸⁹ Informe de la Legación de Estados Unidos en Chile al State Department, 17 de marzo de 1891, en Ramírez Necochea, *Balmaceda...*, op. cit., p. 215.

⁹⁰ Julio Bañados Espinoza como colaborador principal de José Manuel Balmaceda, ocupando varias carteras ministeriales durante su administración y principal apologista de su legado, en su libro no menciona ninguna presión coercitiva desde las salitreras contra el ejército gobiernista; por el contrario, él mismo asegurará cómo: “Era ventaja inmensa para los Revolucionarios la clase de población que había en esas provincias [...] Este género de industria requiere gran masa de obreros que por la naturaleza de su profesión tienen que ser fuertes, varoniles y de gran pujanza corporal. El ejército revolucionario tenía esos centros industriales, fuentes de fecundos soldados. Solo en las salitreras de la provincia de Tarapacá habían un término medio de 12,000 trabajadores de los cuales 7,000 eran chilenos. Uniendo a esta masa considerable los que podían engancharse en Taltal, Antofagasta, el resto de la provincia de Atacama y en Tacna, no extrañará que esa zona territorial pueda dar más de diez mil soldados.” Julio Bañados Espinoza, *Balmaceda su gobierno y la revolución de 1891*, París, Librería de Garnier Hermanos, 1894, tomo II, p. 356.

⁹¹ Un ejemplo puede verse en el testimonio de Leopoldo Geisse sobre el batallón forzado Illapel: “que la tropa estaba acuartelada, no hay para que decirlo, conociendo la forma en que había sido reclutada esa gente; a eso de las cuatro de la tarde comenzó un tiroteo que fue intensificándose rápidamente [...] fue este un movimiento tan sorpresivo para todos que nos resistíamos a creer que él tuviese un carácter subversivo.” Geisse, *Reminiscencias del 91...*, op. cit., pp. 32-34.

⁹² Ismael Valdés Vergara, *Última jornada contra la dictadura: relación sumaria de las operaciones 3 de julio a 28 de agosto de 1891*, Santiago, Chile, Imprenta Cervantes, 1891, p. 6.

La voluntad del bajo pueblo para participar requería señales y respaldo, y la llegada de armas y provisiones daba razones para integrarse en masa al ejército. Así, los congresistas quedaban impotentes para realizar una convocatoria masiva sin bases, ya que, sin señales concretas, mantener un ejército moralizado y convencido no sería sencillo. El propio coronel Estanislao del Canto señalaba cómo los obreros intercalaban su rol, tanto de obrero como de soldado, mientras el bloqueo naval a Iquique causaba estragos en la paciencia:

“Ya la instrucción estaba bastante adelantada y la tropa principiaba a fastidiarse un tanto, a causa de que había entrado a las filas con verdaderos propósitos de hacer pronto la campaña, pero veía que esto se demoraba hasta quién sabe cuándo, por falta de armas, y como era compuesta casi en su totalidad de mineros o trabajadores de las oficinas salitreras, que después de tanto tiempo no obtenían la entrada que producía su trabajo”⁹³.

Como menciona Eloy Caviedes, los propios ejercicios militares servían como una forma de mantener la promesa de pronto enfrentamiento:

“instruida ya la tropa en esta operación de primordial importancia y habiendo adquirido hasta la más bisoña una seguridad de pulso y de vista de todo punto sorprendentes se acordó alternar estos ejercicios con otros no menos útiles y que daría por resultado ilustrar a los jefes de cuero y a sus oficiales y mantener despierto el espíritu belicoso y astuto de que se halla naturalmente dotado nuestro pueblo”⁹⁴.

La precariedad en que se encontraba el ejército predisponía a los enrolados a identificarse no como soldados del montón, resaltando las particularidades que en principio los alejarían de los estándares tradicionales de recluta. En términos estéticos generales, Eloy Caviedes enfatizaría el crisol de vestimentas existentes en el Ejército Constitucional:

“Nuestro pobre ejército presentaba el aspecto de un conjunto abigarrado de elementos diversos en hombres, en armas, en equipo, en cabalgaduras. El sombrero de copa y la levita alternaban en las filas de los soldados con las ojotas del minero, los pantalones garance del militar, el ancho calzón del marinero y los trajes holgaos y decentes de los empleados de las oficinas y de los trabajadores de las pampas salitreras. Sombreros, kepis, gorras, bonetes, trajes multicolores, estrañas, prendas de vestuario, arreos increíbles, daban a nuestros hombres más aire de beduinos o de jitanos que de nobles defensores de la Constitución y de las leyes”⁹⁵.

Algo comprensible considerando los objetivos principales: “No había que pensar en pantalones, chaquetas, botas, ni kepis ni menos en calzoncillos, camisetas ni camisas. Eso hubiera sido preocuparse desde luego en lo que a todos parecían prendas de

⁹³ Del Canto, *Memorias militares...*, *op. cit.*, pp. 407-408.

⁹⁴ *Op. cit.*, p. 41.

⁹⁵ *Op. cit.*, p. 2.

verdadero lujo⁹⁶. Estanislao del Canto, en sus memorias, corrobora la diversidad de vestimentas:

“diariamente se daba instrucción a la tropa y se atendía a su armamento y vestuario de la manera que era posible, por eso no era de extrañar que en el uniforme se viese un verdadero jardín pues muchos habían hecho gorra de su sombrero, recortándole las alas y dejándole una especie de visera; otros formaban chupallas; en fin cada cual militarizaba su traje como lo creía conveniente⁹⁷.”

De esta forma y en medio de su marginalidad, aquellos obreros soldados se arreglaban como podían para lucir su vestimenta lo más similar posible al recluta tradicional, resaltando en lo visual las particularidades identitarias del improvisado ejército. Siguiendo a James Scott, esto servía a nivel estético como declaración de autonomía ante las élites, entendiéndose como una táctica de velado mensaje mientras establecían alianza con los “dominadores”⁹⁸. Para superiores como Estanislao del Canto, similar estética y actuación serían interpretadas como muestras de “patriotismo más acendrado”⁹⁹, describiendo cómo en medio de la rusticidad, en lo que respecta al armamento sucedería lo mismo: “pues había toda clase de armas de fuego y blancas; hasta el extremo de que con un sable se armaban dos, uno con la hoja y otro con la vaina; había lanzas, rejonos y hasta palos con un cuchillo amarrado en una punta”¹⁰⁰. Aquellos hombres no se disfrazaban para asumir un rol pasivo y ajeno a su condición frente a nuevos dominadores, sino que, a nivel performativo, eran ellos mismos, compañeros de trabajo armados y organizados como si de otro motín pampino se tratase, pero bajo una dinámica guiada por el carácter de enrolamiento miliciano, percibiéndose un mayor grado de maduración asociativo, cualidad de la que se valdrían los congresistas para abrirse camino entre ellos.

Eloy Caviedes también menciona la negativa de los enrolados voluntarios para realizar trabajos considerados de “gañanes”. Sintiéndose ofendidos, afirmarían, “imposible hacerlos apearse de su macho: eran voluntarios y no trabajaban, siendo de advertir aquí que los constitucionales llenaban siempre la boca con su título de voluntarios, oponiéndolo como orgulloso contraste a los pobres forzados del ejército de la dictadura”¹⁰¹. Así, los enrolados a la causa congresista, estaban conscientes de verse ante el enemigo como rotos pampinos, pero en dicha conceptualización existiría la noción de roto como sujeto respetable, que debía ser reconocido por sus superiores, a diferencia de un “otro” forzado por el gobierno.

⁹⁶ *Ibid.*

⁹⁷ *Op. cit.*, p. 369.

⁹⁸ Como menciona James Scott: “Usando sutilmente los códigos, uno puede introducir en los ritos, en las normas de vestuario, en las canciones y en los cuentos, significados comprensibles sólo para un público específico”, véase: Scott, *Los dominados...*, *op. cit.*, p. 225.

⁹⁹ Del Canto, *Memorias militares...*, *op. cit.*, p. 369.

¹⁰⁰ *Op. cit.*, p. 369.

¹⁰¹ Caviedes, *Las últimas operaciones...*, *op. cit.*, p. 22.

Según Roberto Hernández, con la ya mencionada llegada del Maipo y sus provisiones, la cantidad de hombres aumentó a seis mil, temiendo los cabecillas de la causa congresista que las oficinas salitreras quedaran despobladas: “por lo cual se resolvió activar el enganche de preferencia en la provincia de Atacama”¹⁰².

En lo que tipificamos como una segunda etapa dentro de los mecanismos de enganche, también podemos dar cuenta de otras dinámicas de propaganda y negociación empleadas. Aprovechando el ímpetu existente para la expedición al sur, Eloy Caviedes señalaba:

“Las oficinas de la pampa se cubrieron de comisionados encargados de enganchar jente para los diversos cuerpos. Bandas de músicos, oradores entusiastas, altivos ajitadores recorrían los caseríos y estaciones pregonando la necesidad de ponerse en pie de defensa mientras la expedición libertadora avanzaba hacia el sur”¹⁰³.

Taltal y Chañaral, habrían sido regiones importantes en cuanto a suscitar apoyos. El teniente Merino Jarpa, sobre la necesidad de tomar Chañaral, aseguraba lo beneficiosa de la región por estar llena de voluntarios: “impuesto de las facilidades que había para conseguir esto y de la importancia que tiene para la causa mantener ese pueblo en nuestro poder, por tener mucha gente ocupada en las faenas mineras y que está decidida a seguimos”¹⁰⁴. Señalando cómo dentro de la región, existía un contingente importante de trabajadores al tanto dispuestos a unirse en alianza con la revolución, donde enganchados desde Chañaral ya habían hecho su aparición junto a francotiradores venidos de Taltal en el “Combate por la Aduana”¹⁰⁵. Merino Jarpa también mencionaría a Jorge Montt sobre la rápida formación del regimiento Atacama: “Decretada la formación del regimiento Atacama, los voluntarios afluían en crecido número con el mayor entusiasmo y estimo que antes de poco estará completa la dotación del nuevo cuerpo”¹⁰⁶.

En este contexto, los mismos obreros incentivarían a sus compañeros a unirse: “los soldados que habían pedido licencia volvieron a las filas e incluso trajeron gente adicional para servir en el bando congresista”¹⁰⁷. Teniendo así la flexibilidad de labores una ventaja para los mandos, donde los mismos obreros hechos soldados, podían inspirar a sus pares dentro de sus espacios de convivencia y trabajo. Al igual que las primeras batallas del norte, se cederían garantías hacia los obreros, esta vez especificadas en un boletín impreso:

¹⁰² Roberto Hernández, *El Roto Chileno. Bosquejo Histórico de Actualidad*, Valparaíso, Imprenta San Rafael, 1929, p. 461.

¹⁰³ Caviedes, *Las últimas operaciones...*, *op. cit.*, p. 46.

¹⁰⁴ Gil, *La Revolución Chilena...*, *op. cit.*, p. 333.

¹⁰⁵ “Documento Núm. 28v. Parte oficial del combate de la aduana de Iquique. Comandancia Jeneral de Armas de Iquique”, Iquique, 21 de febrero de 1891, en Rojas Arancibia, *Memorándum...*, *op. cit.*, p. 99.

¹⁰⁶ “Documento Núm. 40”, s/f, en Rojas Arancibia, *Memorándum...*, *op. cit.*, p. 181.

¹⁰⁷ Emilio Korner, *El desarrollo histórico del Ejército Chileno*, en San Francisco, *La Guerra Civil...*, *op. cit.*, p. 169.

“Cada una de estas Comisiones procederá á enrolar para el Ejército a las personas que voluntariamente quieran hacerlo; teniendo derecho todo individuo que se enrole á exigir la liquidación de los sueldos que se le debieren en la oficina en que se encuentren contratados, y siendo responsable el Gobierno del pago de esos sueldos si se negaren á hacer el ajuste o cancelación. El Gobierno garantiza a los trabajadores que se enrolen, su translación a los puntos en que actualmente residen, terminada que sea la campaña”¹⁰⁸.

Terminada la fase en Iquique, con énfasis en otros grupos del bajo pueblo nortino, la atención caería en los obreros de Antofagasta, la zona de Atacama y alrededores, cumpliendo importante papel la diversificación obrera de aquella zona y las milicias organizadas por gente como Basilio Cáceres en Chañaral, con sus propios recursos e influencias.

Evidenciándose que, bajo el acto de unión voluntaria, el éxito de fondo de la convocatoria no estaría solo guiado por un revanchismo latente en Iquique o Pisagua producto de las represiones al incluir obreros de otras zonas. De forma que se hacía importante la manera de tratar y que incluía la negociación, guía y canalización del propio dolor y rabia existencial del norte salitrero, buscando también aprovechar los obreros las garantías ofrecidas.

El reforzamiento de las apelaciones al rol moral del obrero soldado ayudaría a que la actuación de los beligerantes contrastara con el actuar gobiernista, visto en la rendición del batallón Concepción en la posterior batalla de Placilla, con la vuelta de bando y “chaqueta” para combatir contra sus antiguos superiores, poniéndose de manifiesto “la debilidad de la voluntad de lucha del ejército presidencial”¹⁰⁹. El rápido abandono que hicieron las tropas mostró la debilidad moral del bando enemigo, mencionado también por el coronel Estanislao del Canto: “De los defensores de la causa dictatorial, los que no cayeron bajo el sable, huyeron desconcertados y desechos”¹¹⁰, enmarcándose estos hechos dentro de lo que se conocería como “Conconismo”, como sentido de abatimiento y pesimismo tras la derrota gobiernista de Concón, incrementando la ya creciente desmotivación de las tropas forzadas. Como afirma Andrés Avendaño: “Las tropas del Congreso, sobre todo después de Concón, se encontraban en mejores condiciones morales y psicológicas que sus oponentes, estimulados con las victorias del norte y motivadas por los ideales supremos de la libertad y justicia”¹¹¹.

¹⁰⁸ Documento Núm. 1,375, Sección de Guerra, 12 de julio de 1891, en República de Chile, *Boletín Oficial de la Junta de Gobierno*, n.º 15, Iquique, 1 de agosto de 1891, p. 188.

¹⁰⁹ Avendaño, *Las Batallas...*, *op. cit.*, p. 159.

¹¹⁰ Del Canto, *Memorias militares...*, *op. cit.*, p. 161.

¹¹¹ Avendaño, *Las Batallas...*, *op. cit.*, p. 211.

CAUDILLISMO Y RELACIONES ENTRE SUPERIORES Y SUBORDINADOS

El papel y prestigio de los mandos superiores sería de suma importancia en el avance del conflicto, y pese al rechazo inicial que generó en la élite chilena, el caudillo sería necesario como elemento de mediación para situaciones especiales de consenso, escudándose tras su figura para “enfrentar un tirano contra otro tirano” como mencionaba Estandislo del Canto, pero siendo también necesario para dirigir en el campo de batalla, donde los vínculos del caudillo y sus seguidores eran cruciales para mantener la cohesión y moral en medio de la campaña, creando lazos recíprocos entre mandos militares y subordinados. Como señala Eloy Caviedes: “Los caudillos de la revolución, al mismo tiempo fundaban risueños cálculos en el estado de ánimo de esas tropas”¹¹². Lo que a nivel de discurso oculto señalaba la credibilidad ante el mundo popular en su rol de intermediarios. Importa considerar que, pese a la modernización de fines de siglo, seguía predominando la estructura tradicional carismática como fuente de autoridad simbólica, frente a la débil influencia del aparato estatal. Esto además permitía que, a través de los caudillos, pudieran lograrse acuerdos tácitos de relaciones presenciales directas, donde los sujetos podían negociar con el caudillo.

El influjo heredado en la figura del hacendado sería crucial para la influencia del caudillismo en gran parte de América Latina¹¹³. En torno al caudillo como figura y del caudillismo como sistema político, diversos trabajos han tipificado sus características a nivel de historia nacional y latinoamericana, con una amplia bibliografía y posturas diversas. Para Jorge Basadre, los caudillos serían jefes militares surgidos tras la Independencia, producto de la incompetencia y vacío dejado por las clases dirigentes, quienes terminarían “auxiliando al caudillaje”¹¹⁴. Apareciendo su autoridad como “superviviente entre los más fuertes”¹¹⁵.

No obstante, la noción de caudillismo como sistema político sería cuestionada por autores como José Carlos Chiaramonte, quien consideraría impropia dicha denominación, rebatiendo la noción de anarquía y vacío de poder, al referir como posterior a la Independencia, el caudillo y sus subordinados estarían bajo las normas del antiguo derecho público español¹¹⁶. Del mismo modo Hilda Sábato cuestionaría la visión clientelista y pasiva tras el caudillismo, enfatizando cómo las clases populares habrían colaborado y participado bajo sus protocolos de acción política, donde la subordinación no se traducían siempre como obediencia política¹¹⁷.

¹¹² Caviedes, *Las últimas operaciones...*, op. cit., p. 5.

¹¹³ John Lynch, *Caudillos en Hispanoamérica, 1800-1850*, Madrid, Editorial Mapfre, 1993, p. 20.

¹¹⁴ Jorge Basadre, *La iniciación de la república: contribución al estudio de la evolución política y social del Perú*, Lima, UNMSM, vol. 1, p. 20.

¹¹⁵ Lynch, *Caudillos en Hispanoamérica...*, op. cit., p. 33.

¹¹⁶ José Carlos Chiaramonte, “El antiguo constitucionalismo en la historia hispanoamericana del siglo XIX”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Debates*, París, 2020, disponible en: <http://journals.openedition.org/nuevo-mundo/81983> [fecha de consulta: 1 de febrero de 2023].

¹¹⁷ Hilda Sábato, *Repúblicas del nuevo mundo. El experimento político latinoamericano del siglo XIX*,

Así, más allá de una anarquía, los caudillos colaborarían en la “construcción social del Estado” a través de diversas estrategias frente al mundo popular¹¹⁸, como salvadores de una república en estado de emergencia¹¹⁹ bajo una herencia que imbricarían raíces religiosas prehispánicas y militares. En esta perspectiva no es nuestra intención problematizar sobre la adecuación conceptual o polemizar en torno a su discusión semántica, sin embargo, consideramos que los términos caudillo o caudillismo, han quedado establecidos en la memoria para referir no solo al cuestionado concepto de un sistema político autocrático, sino a un particular imaginario de líder militar, carismático e influyente, con amplio apoyo de sectores dispuestos a reconocerlo y secundarlo, siendo un estilo asociado al carisma, credibilidad e influjo ante un grupo o facción popular que depositaría sus anhelos e intereses en su persona.

El influjo carismático generado en sus seguidores debía ser recíproco, jurando una lealtad en sus comarcas “a quienes decía proteger”¹²⁰. Siendo lo último un importante factor, pues nos muestra que su fuerza a nivel simbólico y militar no sería solo verticalista, dependiendo su hegemonía política y militar del propio reconocimiento de sus subordinados, quienes se involucraban a nivel político por medio de negociaciones que representarían sus intereses¹²¹.

En el caso chileno, se traduciría en la adhesión personalista hacia ciertos líderes. Por un lado, la relación patrón-subordinado seguía dominante en la subjetividad premoderna de sujetos venidos desde la zona central y sur, de forma que en el período de transición hacia la modernidad capitalista, la representación del patrón de fundo ejercería un peso simbólico, traducido y resignificado al contexto militar en la figura del caudillo como elemento ejemplificador: “El hecho de mostrarse en el escenario frente a los subordinados influye poderosamente en la conducta y en el discurso de los dominadores”¹²².

Es destacar que el influjo no era espontáneo, debiendo ser ganado, dependiendo de la propia lealtad de los subordinados frente a las circunstancias. Como menciona James Scott, dentro de las relaciones entre clases suele suceder que a los grupos dominantes “se les exija que se comporten de acuerdo con la presentación idealizada que han hecho de sí mismos”¹²³. Más aun en un contexto de modernización obrera tendiente hacia organizaciones más complejas en el cual era importante una aplicación deferencial, reconociendo la calidad de los subordinados en condición de obreros en armas, continuando el respeto tradicional. En una relación tradicional, según Max Weber; “se obedece al cau-

Santiago-Buenos Aires, Taurus, 2021, p. 81.

¹¹⁸ Julio Pinto, *Caudillos y plebeyos. La construcción social del Estado en América del Sur (Argentina, Perú, Chile) 1830-1860*, Santiago, Lom Ediciones, 2020, p. 385.

¹¹⁹ Cristóbal Aljovín, *Caudillos y constituciones. Perú: 1821-1845*, Lima, Fondo de Cultura Económica, Instituto Riva Agüero, 2000, p. 266.

¹²⁰ Luis Corvalán Márquez, *El que no lo vea, renuncie al porvenir. Historia de América contemporánea. Una visión latinoamericanista*, Santiago, Ceibo Ediciones, 2016, p. 50.

¹²¹ Sábato, *Repúblicas del nuevo...*, op. cit., p. 207.

¹²² Caviedes, *Las últimas operaciones...*, op. cit., p. 85.

¹²³ Op. cit., p. 91.

dillo carismáticamente calificado por razones de confianza personal en la revelación, heroicidad o ejemplaridad, dentro del círculo en que la fe en su carisma tiene validez¹²⁴. Distinguiéndose de la forma basada en “dominación legal con autoridad burocrática”, con características relacionadas a la concepción de Estado “moderno”, donde “todo derecho, ‘pactado’ u ‘otorgado’ [...] con la pretensión de ser respetado, por lo menos, por los miembros de la asociación”¹²⁵. El orden tradicional se impondría en cuanto a noción de acuerdo y respeto mutuo fuera del ámbito burocrático, predominando el arreglo consuetudinario de larga data en cuanto a otorgar valores simbólico-hegemónicos, cimentados por el respeto. Dentro de los horizontes específicos de dicho marco, las masas populares habían procurado utilizar ciertas situaciones a su favor para evadir al poder, siendo la relación entre patrón y subordinado no siempre un peso determinante pudiendo, tal como afirma James Scott, que los subordinados actúen de manera soterrada para servirse de sus dominadores¹²⁶.

Por otro lado, los jefes congresistas pondrían atención en la capacidad de contención y movilización caudillista, característica descrita por John Lynch como “forma de controlar al pueblo y liderarlo para convertirlo en una fuerza que podía tanto servir como amenazar a la élite”¹²⁷. El personalismo de muchos de estos intermediarios estaba cimentado en la experiencia tras la guerra del Pacífico, fuente de legitimidad para el ascendente moral de algunos superiores en batalla, creando lazos de reciprocidad y cercanía con sus tropas, como el coronel Del Canto, quien referenciando el influjo de los mandos por sobre un “ideal patriota”, aseguraba: “de suerte que en estos señores marinos no había ni un átomo de patriotismo; todo se reducía a afecciones personales”. Así mismo, señalando las intenciones de dar poderes extraordinarios a Jorge Montt para combatir a Balmaceda, fue claro:

“He visto que se pretende convertir en dictador al amigo Montt, para que trate de combatir la dictadura de Balmaceda, esto es, que un tirano combata a otro tirano. Si un tirano mata, si roba, si se hace dueño de vida y haciendas, quien lo combate debe hacer lo mismo. ¡Lindo principio moderno! ¡sabias máximas y proceder! Esto, señores, no es otra cosa que querer abusar del carácter y paciencia del amigo Montt. He oído también a los congresales de mi país darse recíprocamente el calificativo de ambicioso y personalistas, lo que me revela, señores, que el patriotismo está ausente y que aquí dominan ideas muy bastardas”¹²⁸.

¹²⁴ Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Madrid, Fondo Cultura Económica, 2002, p. 172.

¹²⁵ *Op. cit.*, p. 178.

¹²⁶ En el contexto de predominio hacendal, y pese al peso patronal sobre los inquilinos, los campesinos también poseerían su propio repertorio de estrategias para enfrentar el poder, manifestándose en robos al hacendado, evasiones y deserciones, como características de insurgencia donde el anonimato cumpliría un importante papel. Véase: Fernando Marín M., *Gañanes. La resistencia del peonaje*, Chile, Ediciones Ideas, 2016, p. 63.

¹²⁷ Lynch, *Caudillos en Hispanoamérica...*, *op. cit.*, p. 501.

¹²⁸ Del Canto, *Memorias militares...*, *op. cit.*, cap. X.

Las intenciones de las élites por ocultarse bajo una figura personalista, que condujera tanto a civiles como militares eran claras para el general Estanislao del Canto, consciente del influjo que podían ejercer personalidades como la suya en la tropa, por ende, quienes buscaban utilizarlo también debían encaminarse con cuidado: “No olviden, señores que el que habla tiene a su espalda un campamento, pero un campamento de amigos; y si en adelante sigo oyendo las frases que he oído, soy muy capaz de sacar mi espada y pinchar en la pared, como rata o murciélago, al primer ambicioso que se presente”¹²⁹.

La oligarquía congresista buscaba la presencia de un caudillo para encauzar sujetos dispuestos a seguirle, cohesionados en torno al influjo moral, carismático y solemne, que diera la confianza pública procurada para establecer como cabecilla, siendo la figura de Jorge Montt la elegida ante la negativa del propio Estanislao del Canto. Dicho coronel es señalado por Alejandro San Francisco como una representación clásica del caudillo, “como se había conocido en otros países del continente y como Chile había querido evitar durante el siglo XIX”¹³⁰. Con su carácter duro y carente de posiciones diplomáticas para tratar con el círculo parlamentario, ganando con ello gran popularidad.

Entre las figuras que destacaron en el conflicto están personalidades como Arturo Fernández Vial, por cuya logística de desembarco es elogiado en la historia de la Armada, destacándose a nivel internacional por su eficiencia: “dadas sus características técnicas y el éxito del proceso, que se ejecutó bajo su dirección”¹³¹. En esta línea, alguien del ascendente de Fernández Vial, podía ser capaz de manejar tropas recién ingresadas y exhaustas a través del río Aconcagua durante la segunda etapa de la guerra en la zona central:

“Las fuerzas constitucionales que ocuparon las alturas de la margen septentrional del río, solo alcanzaban a 9284 hombres, muchos de los cuales se habían incorporado en los 15 días que precedieron a la expedición, hasta el extremo que durante la navegación se venía dando instrucción a cerca de 400 hombres que habían ingresado a los distintos cuerpos. Estaban todos rendidos por el sueño y el cansancio porque en la noche habían tenido que hacer una marcha forzada de más de 25 kilómetros, y carecían también de recursos a la mano, como que la falta de vehículos y de bestias de carga había hecho dejar atrás, en Quintero, el parque y el bagaje. De artillería solo se tenían unas pocas piezas de montaña y no más de 6 ametralladoras sacadas de la Escuadra, al mando del Capitán de Fragata don Arturo Fernández Vial”¹³².

Dirigir un desembarco y cruce de tal magnitud en poco tiempo necesita no solo buena dirección, sino también gente comprometida y dispuesta, de forma que la presencia de Arturo Fernández Vial en dicha tarea era crucial, considerando además su presencia

¹²⁹ *Ibid.*

¹³⁰ San Francisco, *La Guerra Civil...*, *op. cit.*, p. 267.

¹³¹ “Arturo Fernández Vial”, en: <https://www.armada.cl/tradicion-e-historia/biografias/f/arturo-fernandez-vial> [fecha de consulta: 24 de marzo de 2018].

¹³² Del Canto, *Memorias militares...*, *op. cit.*, p. 419.

como sobreviviente del –ya en ese entonces– “legendario” Combate Naval de Iquique, aspecto que suscitaba credibilidad y respeto¹³³. Su cercanía con aquellos obreros soldados también se mostraría muy posterior al conflicto de 1891, cuando el capitán Fernández Vial habría fundado diversas sociedades de temperancia contra el alcoholismo, relacionándose con diversas sociedades obreras y teniendo gran protagonismo en la huelga de 1903, en la cual los obreros habrían escogido su figura como intermediario para solucionar el conflicto. Ya en ese entonces contaba con fama de cercanía al mundo popular, como activo participante en sociedades y sindicatos obreros de orientación mutualista o anarcosindicalista, siendo incluso presidente honorario de muchas¹³⁴. En palabras de su bisnieto, Arturo Fernández Vial “no era clasista” y “no tenía problemas para relacionarse con el mundo obrero”. Tanto que “cuando se salió de la marina lo agarró la izquierda. Era un referente social”¹³⁵.

Con estos antecedentes en su trayectoria, puede inferirse el grado de respeto y adhesión que ya iría generando su personalidad en 1891, una década antes de inclinarse al ámbito más político, debido al mítico rol que recaía por su participación en la gesta que terminaría con la apoteosis de Arturo Prat, acrecentada con su reiterado interés hacia el mundo popular compuesto en gran parte de salitreros en armas.

Así, el prestigio del alto mando y la forma en cómo esta cualidad era reforzada en los cuarteles, por medio del acercamiento y trato, se hacían factores de legitimidad importantes para el caudillo, en cuya figura los subordinados expresaban sus inquietudes que, en confianza, podían traspasar desde el discurso oculto al ámbito público. El mismo coronel Del Canto basaría su hegemonía en la cercanía frente a sus soldados y guiños al mundo popular, tomando en cuenta el prestigio y reputación que le habría dado ser también héroe de la guerra del Pacífico. Según Ismael Valdés Vergara: “La misma vestimenta que utiliza es similar a los soldados”¹³⁶. Con ello hacía que la relación entre superior y subordinado, fuera una proyección de los combatientes que buscaban sobrevivir como obreros. Por su parte, Eloy Caviedes agregaría: “Su modestia arrastraba todas las simpatías. Su trato cariñoso, insinuante y cortés, realizado por el contraste que formaban estas prendas con su reconocida bravura, lo rodeaba de una atmósfera de popularidad muy ventajosa para el prestigio de una causa que era la del país entero”¹³⁷.

¹³³ Acerca de la influencia del Combate Naval de Iquique en la psique del mundo popular como mito colectivo, ver: Claudio Díaz Pérez, *El Combate Naval de Iquique: un mito chileno*, tesis para optar al grado de Magister en Historia, Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2007.

¹³⁴ Cristian del Castillo, *El contraalmirante Ácrata Arturo Fernández Vial*, Unión Anarquista Austral, Acracia Ferroviaria, s/f., disponible en: <https://acraciaferroviaria.files.wordpress.com/2014/08/79089681-el-contralmirante-acrata-arturo-fernandez-vial-cristian-del-castillo.pdf> [fecha de consulta: 24 de marzo de 2018].

¹³⁵ Rodrigo Retamal Venegas, “Arturo Fernández Vial: la olvidada historia del héroe de Iquique que inspiró el nombre de un equipo”, en *La Tercera Online*, Santiago, 20 de mayo de 2014, disponible en: <https://www.latercera.com/noticia/arturo-fernandez-vial-la-olvidada-historia-del-heroe-de-iquique-que-inspiro-el-nombre-de-un-equipo/> [fecha de consulta: 24 de marzo de 2018].

¹³⁶ Valdés Vergara, *Última jornada...*, *op. cit.*, p. 45.

¹³⁷ Caviedes, *Las últimas operaciones...*, *op. cit.*, p. 57.

El discurso oficial expresado en las fuentes puede, en su condición apologética, omitir contradicciones ocultadas por los subordinados en el espacio público, pese a ello, muchos relatos aun desde fuentes congresistas, podían graficar elementos explícitos en torno al desgano e impaciencia obrera. Sin embargo, Ismael Valdés Vergara también mencionaría la importancia que tenían estos cabecillas en mantener la calma y confianza bajo condiciones adversas, tomando de ejemplo el cruce del río Aconcagua:

“El coronel Canto, comandante en jefe del ejército, hace los aprestos con aquella serenidad familiar que le es característica, y con ese buen humor y jovialidad que le han conquistado tantas simpatías y afecciones en la juventud que le ha conocido en Iquique y que tan popular le ha hecho en el ejército”¹³⁸.

En pleno combate y con el avance de la tercera división, un testimonio anónimo también relataría sobre su presencia y carisma: “Cuando la tercera brigada llegaba al campo de batalla, pudo ver al coronel Canto colocado sobre una altura dominante le dirigía la palabra que hizo prorrumper a la tropa en gritos entusiastas. Entonces comprendimos cuánto puede un comandante en jefe que se hace querer”¹³⁹. El influjo del coronel también se reflejaría en su faceta de ídolo popular. Una vez concluida la guerra, Rodríguez Mendoza describe como:

“De tiempo en tiempo, se pescaba fugazmente la pera con la mano izquierda y hacia un saludo de caudillo vencedor a cada bandera que pasaba escoltada por los ‘niños’ de cada regimiento de nortinos. Era un ídolo popular en esos días y bajo la nariz redonda, pero de buen olfato, de Isidoro Errazuriz, Ministro de Relaciones Exteriores y Justicia de esa célebre Junta, estallaban a cada instante las aclamaciones de la multitud: ¡Viva Canto! Era el pueblo vivando enardecido a su héroe del momento, y si por alguien fue momentáneamente popular la Revolución, fue por ese Coronel, peleador viejo, gallo de estaca, soldado de Arauco, de Lima y de la Sierra”¹⁴⁰.

La presencia de figuras que cimentaban su credibilidad en la guerra del Pacífico, también se daría entre los propios veteranos subalternos, los que terminado dicho conflicto y a falta de subsistencia, se establecerían en las antiguas salitreras, como lugares familiares para los enrolados del anterior conflicto contra Perú y Bolivia. Como menciona el propio coronel Emilio Korner: “Mucha de esa gente, cuyo número no era menor de 30 a 35 mil personas en las tres provincias, había servido en la campaña contra Perú y Bolivia, y podía considerarse como un material receptivo en lo concerniente a disciplina y rápido aprendizaje”¹⁴¹. Cifra que Carlos Méndez Notari estimaría entre 2 800 a tres mil veteranos activos en las faenas salitreras¹⁴². Otros, estando incapaces, recurrían a la

¹³⁸ Valdés Vergara, *Última jornada...*, *op. cit.*, p. 44.

¹³⁹ *De Concón a la Placilla. Impresiones de un oficial del E.M. de la 3.a Brigada*, Santiago, Librería Colón, 1892, p. 6.

¹⁴⁰ Emilio Rodríguez Mendoza, *Como si fuera ayer!* Santiago, Casa Editorial Minerva, 1919, p. 450.

¹⁴¹ Korner, *El desarrollo histórico...*, *op. cit.*, p. 197.

¹⁴² Carlos Méndez Notari, *Héroes del silencio: los veteranos de la Guerra del Pacífico (1884-1924)*, Santiago,

mendicidad: “Y ya se ha visto a más de un inválido, valiente de Tarapacá o de Tacna, recorrer andrajoso y hambriento las poblaciones y solicitar de la caridad pública un trapo con el cual cubrir sus carnes y un pan con que engañar su hambre”¹⁴³.

El nuevo conflicto abría la posibilidad de que por fin el Estado reconociera la labor de los desamparados veteranos, no solo a nivel simbólico, sino material, de forma que muchos veteranos al unirse servían de ejemplo para otros obreros, con el fin de esperar un acuerdo tácito de mayores retribuciones por su labor. La presencia era importante, pues además del aspecto disciplinar y pedagógico enfatizado por Emilio Korner, ayudaban a reforzar el rol de obrero en armas entre veteranos y recién reclutados, peleando codo a codo como pares mientras ayudaban a los bisoños en desarrollar seguridad.

Entre otros personajes mencionados también por Eloy Caviedes se encontrarían Aníbal Frías, destacado por su organización e instrucción: “Bajo sus órdenes llegó a ser el Iquique un cuerpo modelo en disciplina, orden, instrucción y moralidad” o el descrito influjo del comandante José Antonio López quien: “parecía haber infundido en sus soldados algunos rasgos de su carácter noble, elevado y varonil, que tan justa idea le ha permitido formarse de las severas exigencias del deber”¹⁴⁴, generando constante admiración en su marcha a la cabeza del ejército: “Sus soldados, admiradores de sus altas dotes, se enorgullecían de ser mandados por tan distinguido jefe y estaban dispuestos a consumir los mayores sacrificios por hacerse dignos de él. Por eso avanzaban impertérritos y graves, conteniendo como mejor podían los jadeos del cansancio...”¹⁴⁵.

Más allá del posible idealismo expresado en fuentes pro-congresistas, sería el campo de batalla donde podría graficarse más clara la adhesión pública de lo oculto a lo público, tomando en cuenta cómo una situación especial puede erosionar los límites existentes entre los discursos, llevando a la adhesión o al desbande, como el ejército balmacedista.

Se encontraría también el ya mencionado Emilio Korner quien, ajeno al imaginario que rodeaba a los héroes de la guerra del Pacífico, había sido traído desde Alemania bajo la administración del presidente Domingo Santa María, con el fin de modernizar al ejército. Visto en principio con desconfianza, por su nacionalidad y tardía adhesión al bando congresista, mostrándose “recios y cautelosos” ante su presencia¹⁴⁶. Pero según Eloy Caviedes, como instructor sería muy respetado por los soldados:

“¡Sabía hacerse respetar hasta tal punto por los soldados! Estos, que sólo ansiaban un próximo y seguro triunfo, sin preocuparse mucho de los detalles tácticos ni de las conveniencias jerárquicas, habían descubierto en Korner a su hombre. En todas partes lo contemplaban con

Centro de Estudio Bicentenario, 2009, p. 31.

¹⁴³ *El Autonomista*, Concepción, 18 de noviembre de 1880, en Notari, *op. cit.*, p. 34.

¹⁴⁴ Caviedes, *Las últimas operaciones...*, *op. cit.*, p. 179.

¹⁴⁵ *Op. cit.*, p. 183.

¹⁴⁶ *Op. cit.*, p. 184.

veneración y con cariño, y no había para ellos ejercicio más agradable que el ejecutado bajo la inspección del comandante alemán¹⁴⁷.

Ejercicios en los cuales creaba cercanía y familiaridad con un paternalismo que cimentaba vínculos con los reclutas aprendices: “Por la mañana, al alba, acompañaba a los batallones al ejército, instruyéndolos con dedicación y cariño paternos en los fáciles secretos de la nueva táctica...”¹⁴⁸. Como sucedía con aquellos superiores que habían instruido a la tropa, también se encontraba entre sus soldados combatiendo y dirigiendo:

“se encontraba allí, en medio de ellos despreocupado por completo de las balas que silbaban sordamente en torno suyo y dedicado tan solo a dirigirlos, enseñarlos y reparar errores con tanta sangre fría y lucidez de pensamiento y de dicción como si se tratara de un simple simulacro y no de una batalla sangrienta y decisiva”¹⁴⁹.

Al respecto el mismo corresponsal aseguraría: “Es imponderable el influjo que esta actitud y estos procedimientos de Korner ejercieron en esos momentos en el espíritu de nuestra jente”¹⁵⁰. Señalando cómo su capacidad de instructor se desenvolvía:

“bajo las formas afables y bondadosas que la moderna pedagogía recomienda a los maestros, aparecía a los ojos de nuestros hombres como un ser invulnerable y superior, y todos arrastrados por el poderoso estímulo del ejemplo, se proponían entonces imitarlo y complacerlo, dando al maestro pruebas de comprensión e inteligencia y al jefe de serenidad y de bravura”¹⁵¹.

En dichas condiciones, las muestras de deferencia más que de debilidad, serían consideradas señales de respeto a las que las clases populares responderían de forma recíproca.

Tras finalizar el conflicto se hacía necesario consolidar lo hecho, y una vez más las élites recurrirían a la imagen del caudillo para mantener el orden instalado. Como menciona Alejandro San Francisco: “Chile había tenido una característica común a los demás países del continente: que sus principales líderes militares, después de sus victorias llegaban a altos cargos de la administración pública, incluso al gobierno del Estado”. Sin embargo, también señala que entre 1860 y 1890 Chile fue una excepción: “por cuanto no había tenido gobernantes militares no había experimentado golpes de estado o revoluciones triunfantes, ni tampoco su Constitución había sufrido cambios radicales”¹⁵². Estas características le dieron a Chile una autoimagen de estabilidad republicana, de la cual se jactaba la élite al compararse con el exterior. Por lo que recurrir de nuevo a la imagen del caudillo no solo era una alternativa a fuerza de circunstancias,

¹⁴⁷ *Op. cit.*, p. 20.

¹⁴⁸ *Ibid.*

¹⁴⁹ *Op. cit.*, p. 178.

¹⁵⁰ *Ibid.*

¹⁵¹ *Op. cit.*, p. 179.

¹⁵² San Francisco, *La Guerra Civil...*, *op. cit.*, p. 267.

sino también un riesgo para el orden constitucional. Pero en esa instancia, un cabecilla que impusiera orden y respeto era imperante para las élites. Después de todo se trataba de apaciguar un orden de cosas diluido tras la guerra, en donde tanto en el norte como en el sur, las masas ya habían mostrado diferentes grados de organización, comenzando a tomar conciencia de su clase y despertando con ello el ancestral miedo oligárquico.

La ilegitimidad del caudillo podía darse cuando este, aun teniendo estampa reverencial, se mostraba hostil y poco deferente ante los subordinados, quienes ante una ocasión ideal de poder debilitado, podían mostrar de manera pública su parecer. Esta fidelidad no respetada según las circunstancias puede verse en el bando balmacedista con sus reclutas forzadas de la zona central y sur. El gobierno y los balmacedistas, subestimando al bajo pueblo y confiando en que una autoridad caudillista por sí sola bastaría para contener a las masas luego de la derrota, buscaron un sucesor fuerte y respetable, pensando así en Manuel Baquedano por ser el máximo héroe vivo tras la guerra del Pacífico, esperando que cualquier desorden o turba fuera aplacado por el solo respeto al General¹⁵³. Pensándose su personalidad militar como factor cohesionador, dada su credibilidad y carisma para ejercer un adecuado control público¹⁵⁴. Pese a ello, su sola presencia no bastaría para contener a las turbas y apaciguar al bajo pueblo en busca de venganza, evidenciando cómo la propia figura del caudillo si bien resultaba importante como factor de cohesión, su influencia estaría mediada por las circunstancias, jugándose factores como los descritos en los casos de Arturo Fernández Vial o Estanislao del Canto, respecto a tratos y cercanías con el mundo popular. De forma que esta influencia caudillista no se ejercería de manera vertical y mecánica, influyendo por medio del respeto a los subordinados, explicando el por qué hombres del bando balmacedista como Alcérreca o Barbosa, también de gran reconocimiento y protagonismo en la guerra del Pacífico, no obtuvieron el mismo éxito entre los reclutas como sus homólogos congresistas.

Aun con las dotes de mando y el aura de leyenda, la presencia de este factor por sí solo no bastaría para el respeto, quebrantado por las duras condiciones en que los sectores populares eran reclutados. Pese al ascendente moral del mando superior, su credibilidad podía quedar en entredicho frente al uso coercitivo, a diferencia del trato orgánico de alianza y consenso aplicado por congresistas o constitucionales. Enrique Barbosa, hijo del General Orozimbo Barbosa, narra los vanos intentos de su padre en dirigir e inflamar de entusiasmo al ejército balmacedista:

“Barbosa se multiplicaba, lo mismo que Alcérreca. Reunía a los heridos y a los dispersos y los incitaba con la palabra y con el ejemplo, electrizando con su mirada de fuego y su imponente arrojó a los que estaban desanimados [...] Pero la fatalidad y la traición pudieron más que todos los esfuerzos, y la derrota se pronunció”¹⁵⁵.

¹⁵³ Emilio Rodríguez Mendoza, *Últimos días de la administración Balmaceda*, Santiago, Editorial la Prensa, 1899, p. 75.

¹⁵⁴ San Francisco, *La Guerra Civil...*, *op. cit.*, p. 265.

¹⁵⁵ Barbosa, *Como si fuera hoy...*, *op. cit.*, p. 141.

Nada de esto resultaría para cohesionar al ejército, fracasando en el ámbito donde hombres como Estanislao del Canto o Arturo Fernández Vial habían tenido éxito. Los vejámenes sufridos y el arrastre a una causa ajena e impropia, no hizo más que incitar odio en los reclutados gobiernistas, quienes aprovecharían la oportunidad de debilidad para el desbande y descargar sobre sus superiores todo su resentimiento oculto, recurriendo a la venganza y ajusticiamiento popular contra sus mandos. Como menciona Enrique Barbosa:

“Enrique Baeza, perseguido por el populacho, trepó por las callejuelas que conducen a los cerros, y era tal la furia de sus perseguidores que tuvo que abandonar su caballo y refugiarse en unas casas humildes donde cambió su flamante uniforme por ropa de obrero, y pudo así escapar al fin”¹⁵⁶.

En dicho contexto, cuando los subordinados adquieren fuerza y ven la ocasión propicia, pueden pasar desde el discurso oculto frente al poder al actuar explícito y público, conllevando a la rebelión abierta en forma de “electricidad social” al resto de los sujetos¹⁵⁷. El mismo Orozimbo Barbosa sería víctima de la propia ira de sus subordinados, quienes, envalentonados ante la rebelión, descargarían en su persona la frustración popular:

“Barbosa murió dando muerte y defendiéndose desesperadamente con su revólver y luego con su espada como león acorralado por numerosos enemigos y profiriendo contra ellos, hasta el último instante, los más furiosos insultos. Excitado a sus asaltantes, le ultimaron vergonzosamente y sin piedad”¹⁵⁸.

Recibiendo los cuerpos de los generales un humillante trato jamás visto, al menos dentro de las crónicas de la guerra del Pacífico, en lo que respecta a la relación de un enrolado mundo popular con sus superiores. Siendo el desenlace del conflicto la oportunidad de desahogo abierto del bajo pueblo, donde el éxtasis momentáneo y los vínculos asociativos cimentados darían paso a situaciones que ni siquiera la mítica figura de Manuel Baquedano podía frenar, con desmanes, saqueos y ajustes de cuentas al entrar las tropas a la ciudad¹⁵⁹.

¹⁵⁶ *Op. cit.*, p. 156.

¹⁵⁷ Scott, *Los dominados...*, *op. cit.*, p. 308.

¹⁵⁸ Barbosa, *Como si fuera hoy...*, *op. cit.*, p. 156.

¹⁵⁹ Respecto a los saqueos en Santiago y Valparaíso, no pretendemos problematizar en sus causas o instigadores, sin embargo, los antecedentes de una conducción organizada tras estos resultan múltiples. Arturo Alessandri, testigo de los hechos, señaló: “Los saqueos se explican como el desborde de pasiones tanto tiempo dominadas y reprimidas; pero no se justifican”. Del mismo modo, menciona su apreciación respecto de la responsabilidad de las autoridades tras los saqueos: “Mi padre se manifestaba apenado por ello y sentía que Baquedano hubiera ensombrecido su gloriosa hoja de servicio permitiendo que se hubiera realizado un acto tan indigno de un pueblo culto y civilizado, que debió recibir en otra forma la noticia del inmenso triunfo de su noble ideal de salvación pública”. Arturo Alessandri, *Revolución de 1891: Mi actuación*, Santiago, Editorial Nascimento, 1950, pp. 160-161.

La figura de Manuel Baquedano, escogida por Balmaceda y ansiada antes por los congresistas para ser atraída, al finalizar el conflicto fue relegada, siendo reemplazada por Jorge Montt y Estanislao del Canto, quienes habían adquirido nuevo protagonismo tras la contienda, siendo elegido el primero como el presidente para evitar un riesgo militarista, debido a su supuesta civilidad en comparación a otros jefes militares. De esta forma: “se reconocía a un líder uniformado de la revolución, pero sin que eso significara perder el rasgo eminentemente civilista que había alcanzado la victoria congresista”¹⁶⁰.

Debe destacarse también que el caudillismo no se enmarcaba solo bajo un ámbito militarista. Y es que más allá de lo castrense, la propia presencia y reputación de civiles en instancias particulares, los haría adquirir cualidades propias del liderazgo caudillista, pudiendo cohesionar a las masas en su propio influjo hegemónico, a nivel simbólico y carismático, como también material en cuanto al manejo logístico de recursos y tropas. En este sentido, el reclutamiento también era efectivo bajo el prestigio ejercido por individuos del norte, por su liderazgo y obras que aportaban credibilidad y reputación a sus acciones, como en los casos de Manuel Vicuña y Basilio Cáceres. Como señala Ismael Valdés Vergara: “En Antofagasta y Taltal el primero, y en Chañaral el segundo, consiguieron ambos reunir los más valiosos contingentes de ciudadanos soldados, dispuestos a rendir la vida en defensa de las libertades públicas”¹⁶¹. Basilio Cáceres, como emprendedor de Chañaral, lograría convocar un batallón de chañaralinos en calidad de “ciudadanos soldados”, y participaría con abnegación y “patriotismo”. “Toda su fortuna fue consumida durante la Revolución en la organización de fuerzas y en la preparación y acopio de elementos para la defensa nacional”¹⁶². Su legado quedaría en la memoria nortina, como filántropo reconocido en la región, cooperando con su fortuna en varias obras, en especial educativas¹⁶³, invirtiendo en contingentes y preparando el acopio de elementos necesarios para la batalla, con su propio batallón “Chañaral”, compuesto por mineros enganchados de: “El Salado, Pueblo Hundido, Carrizalillo y Las Ánimas como los centros poblados más importantes del departamento”¹⁶⁴. Siendo en la zona central, el Chañaral n.º 5 con 460 mineros uno de los primeros en desembarcar en la bahía de Quintero¹⁶⁵.

La importancia del actuar de Basilio Cáceres, al invertir de su propio capital para organizar el batallón, puede comprobarse en la nómina de “gastos congresistas”, en que la Tesorería de Chañaral resulta ser la que menos invirtió de sus fondos en cuanto a “enganches” con tan solo treinta y tres pesos¹⁶⁶, en comparación a las decenas de miles

¹⁶⁰ San Francisco, *La Guerra Civil...*, op. cit., p. 269.

¹⁶¹ Vergara, *Última jornada...*, op. cit., p. 7.

¹⁶² *Ibid.*

¹⁶³ Omar Monroy López, “Ayer y Hoy”, en *Periódico Atacama*, 30 de diciembre de 1997.

¹⁶⁴ Omar Monroy López, *Episodios de la Revolución de 1891 en Atacama: Taltal, Chañaral, Caldera, Copiapó, Tierra Amarilla, Vallena y Huasco*, La Serena, Imprenta “GRAPHIC ARTS”, 2011, p. 109.

¹⁶⁵ *Ibid.*

¹⁶⁶ *Cuenta Jeneral de las entradas y gastos fiscales de la República de Chile bajo el régimen dictatorial (De Enero a Agosto de 1891)*, Santiago, Imprenta Nacional, 1893, p. 176.

invertidos en gastos para enganche y organización en zonas principales como Iquique y Antofagasta. Esto evidencia que el Gobierno constitucional o congresista no se vería en necesidad de invertir cuantiosas cantidades en Chañaral, debido en gran parte a los gastos privados del mismo Basilio Cáceres, dedicándose la administración congresista solo a prestar una mínima y casi simbólica ayuda monetaria.

De la inversión de sus riquezas solo conservaría su casa en Chañaral, siendo destruida y saqueada por vecinos ante la llegada de las tropas luego del hundimiento del *Blanco*¹⁶⁷. Este hecho nos demuestra la divergencia en cuanto a hegemonía que podían tener ciertos sujetos dentro de su región de influencia al calor de las circunstancias, pues como se ha expuesto, el influjo era bastante voluble, existiendo la mayoría de las veces consensos implícitos en la propia coyuntura del momento.

Por otro lado, se encontraría Manuel José Vicuña, acaudalado minero que tomaría el control del puerto de Taltal, junto a vecinos simpatizantes de la causa parlamentaria, sembrando la curiosidad de los pobladores¹⁶⁸. Otro ejemplo de caudillo es Simón Gallo, quien se había aparecido a las tropas congresistas cuando estas acantonaban en Vallenar, presentándose con no menos de treinta hombres, “luciendo idénticos sombreros y ponchos pardinegros, guiados por un hombre mayor”¹⁶⁹. Descrito por Juan Mateo Olmedo como:

“Medio hermano mayor de los patriarcas copiapinos Ángel Custodio y Pedro León, trasuntaba idéntico don de gentes y nobleza que los desaparecidos líderes del radicalismo. El apoyo familiar y su propio trabajo le habían permitido consolidar una fortuna que se estimaba considerable, aún en esa zona de tanta riqueza minera”¹⁷⁰.

La descripción respecto a su influjo personal es descrita como: “Cacique de San Ambrosio, ciudad principal de un valle interior [...] El señor Gallo traía a un grupo de jóvenes de su feudo para unirse a la revolución, incluyéndose entre ellos varios de sus hijos, deudos y entrenados”¹⁷¹. La mención de Juan Mateo Olmedo nos da cuenta de la influencia de Simón Gallo en cuanto a movilizar contingentes, en los que ignoramos si existía algún acuerdo o si iban obligados, pero nos permite conocer su dominio y cómo ocupaba su posición en la zona para colaborar con las tropas opositoras, al comparar a León Gallo con un señor feudal, con cuyo ejército de inquilinos buscaba colaborar a la causa.

Si de personalidades civiles importantes se trata, Eloy Caviedes también mencionaría la presencia del capellán de ejército y sacerdote de La Ligua, Francisco Lisboa,

¹⁶⁷ Monroy López, *Episodios de la Revolución...*, op. cit., pp. 96-97.

¹⁶⁸ *Ibid.*

¹⁶⁹ Juan Mateo Olmedo, *Jamás Vencidos*, Memoria inédita, 1892.

¹⁷⁰ *Ibid.*

¹⁷¹ *Ibid.*

descrito con entusiasmo como el hombre que aparecería en aquellas “premiosas circunstancias” cuando más se necesitaba un apoyo, manifestando:

“extraordinaras dotes de inteligencia, actividad, tino y enerjía. De temperamento robusto y de aficiones varoniles, acompañaba a las tropas en las más duras y peligrosas expediciones soportando alegre la misma existencia y las mismas penalidades que nuestros militares, sin esquivar su persona en los momentos de peligro, y antes bien animando a la jente con la palabra y la actitud.”

Agregando que su popularidad entre el ejército llegó a ser “universal” por su buen trato amistoso cariñoso con los soldados¹⁷².

Es de notar que a pesar del peso religioso diluido a medida que evolucionaban los elementos asociativos, la personalidad carismática de aquel sacerdote seguía generando apoyo moral dentro del ejército y no por su rol de vicario religioso, sino que por su propio temperamento y capacidad de entregar el apoyo moral a las tropas, relacionándose en iguales condiciones, logrando con su influjo y capacidad organizativa enarbolar un “taller militar”, donde: “levantó en pocos días un verdadero ejército de obreros y principalmente obreras” desde donde se repartían prendas, vestuario y equipo¹⁷³.

Otro personaje que ejercería un influjo caudillista por su cercanía popular fue Timoleón Lorca, parte del equipo de redacción del periódico *El Nacional*, descrito por Carlos Mandiola Gana como “exaltado revolucionario”¹⁷⁴, cuya fama en plena efervescencia tras las manifestaciones populares de 1890, le daría reconocimiento especial por su labor periodística. En octubre, Timoleón Lorca, junto con parte de su equipo, se incorporaría al reciente Partido Democrático de Iquique, y saldría elegido secretario¹⁷⁵. Más tarde se habría producido la expulsión de gran parte de los redactores de *El Nacional* por su reticencia a involucrarse en la contienda, sin embargo, Timoleón Lorca siguió ligado a la causa congresista, participando en el combate por la Aduana en Iquique, acompañando como práctico de camino a Julio Sánchez, quien comandaba a treinta marineros como fuerza de desembarco rumbo a la Aduana¹⁷⁶. Involucrándose más a fondo al dirigir una montonera de una veintena de hombres con el fin de recabar información, sería sorprendido por tropas enemigas a las cuales haría frente. Como menciona *La Patria*: “fue organizada en esta ciudad y mandada al Sur, bajo las órdenes de don Timoleón Lorca, una columna de 20 y 25 hombres”. Esta columna sería sorprendida y abatida por los gobiernistas, ganándose el respeto por pelear en desigualdad de condiciones. Tras lo cual *La Patria* publicaría: “Por nuestra parte, después de haberse portado el Alférez y tropa

¹⁷² Caviedes, *Las últimas operaciones...*, op. cit., pp. 34-35.

¹⁷³ Op. cit., pp. 36-37.

¹⁷⁴ Mandiola Gana, *Páginas de la Guerra...*, op. cit., p. 178.

¹⁷⁵ Grez, *De la regeneración del pueblo...*, op. cit., p. 725.

¹⁷⁶ “Documento Núm. 28v. Parte oficial del combate de la aduana de Iquique. Comandancia Jeneral de Armas de Iquique”, Iquique, 21 de febrero de 1891, en Rojas Arancibia, *Memorándum...*, op. cit., p. 99.

con un valor digno de mención, no tenemos que deplorar ni siquiera un rasguño¹⁷⁷. Así, la actitud de Lorca demostraba simpatías al interior de los pocos medios de prensa local que, hasta entonces, habían mantenido una postura favorable hacia los trabajadores.

A través de estos casos puede apreciarse cómo el trasfondo de la convocatoria tuvo en la figura caudillista un importante factor de apelación para guiar a las masas, representando su voluntad y proyección, siendo su presencia un medio importante para apelar a las masas no sólo durante la convocatoria, sino durante el desarrollo del conflicto.

Terminada la guerra, la misma elección de Jorge Montt daría resultado en cuanto a controlar las pasiones. Un joven Arturo Alessandri, como testigo de los hechos, mencionaría: “Don Jorge, tranquilo, sereno, sin inquietarse por nada [...] se ponía frente a la tropa que estaba disparando, los llamaba al orden y a la disciplina y a la obediencia, con un vozarrón que no parecía salir de aquel cuerpo tan chico”. Y a continuación refiriéndose al influjo moral que ejercía el presidente de la Junta de Gobierno, mencionaba cómo: “Los disparos cesaban, el regimiento se sentía vencido por la autoridad moral de aquel jefe que sabía mandar y que los había conducido a la victoria. Seguía el regimiento mansamente a don Jorge a su cuartel y entregaba allí sus armas y municiones¹⁷⁸”.

La participación y popularidad de Jorge Montt durante la guerra del Pacífico fue discreta en comparación a otros héroes, pero su posición como presidente de la Junta a cargo de las operaciones, bastaría para ganar una influencia carismática momentánea en las tropas.

CONCLUSIONES

A partir de lo expuesto y basándonos en un enfoque del actuar popular público y oculto en relación con los marcos establecidos por la guerra en el norte, puede establecerse que el contexto y condiciones en que se encontrarían la élite congresista y el mundo popular salitrero a principios de 1891 influenciaría en los marcos que llevarían a la negociación de ambos bandos, con el fin de enfrentar al enemigo en común. De forma que el bajo pueblo no habría luchado bajo un alero pasivo, sino en alianza consciente junto al bando congresista, estableciendo sus propios consensos y garantías que esperaban que los cabecillas congresistas, constitucionales o “revolucionarios”, cumplieran y respetaran como condición implícita para generar una cohesión interna, en relación a elementos que irían desde las horas de compatibilidad entre ejercicios militares con las faenas de trabajo, el manejo de armamento, la posibilidad de moverse en relativa libertad, y el retiro cuando desearan. Elementos que de fondo y a nivel simbólico tenían como centro la exigencia de una relación basada en el respeto y reconocimiento de su condición como sujetos imbuidos con su propia identidad y motivaciones.

¹⁷⁷ *Ibid.*

¹⁷⁸ Alessandri, *Revolución de 1891...*, *op. cit.*, p. 164.

Por otro lado, a nivel de discurso oculto, las instancias y espacios generados a través de dicha alianza, permitirían a las masas populares imaginar posibilidades de retribución que permitieran reconocimientos o mejoras en su calidad de vida. Dicha condición, ausente en el bando balmacedista, se traduciría en el Norte Grande en un bando cohesionado por consensos y acercamientos que permitirían cimentar lazos de alianza entre la élite congresista y el mundo popular, siendo vínculos de mutua reciprocidad reforzados a medida que avanzaba la guerra al compartir espacios de batalla que estrechaban los vínculos. Conllevando lo anterior al establecimiento de un ejército que, pese a la precariedad circunstancial, sería formado bajo una fuerte cohesión moral como uno de los aspectos principales del triunfo.

Del mismo modo, el análisis utilizado y centrado en los discursos públicos y ocultos desprendidos desde fuentes oficiales, nos permite contextualizar las posibilidades y horizontes del mundo popular en relación a las instancias circunstanciales, que para el caso del Norte Grande no se trataría de una plebe pasiva y apática imaginada en posteriores trabajos historiográficos a pocas décadas de los hechos, demostrando que se trataría de una plebe con sus propias formaciones organizativas, espontáneas, consuetudinarias y políticas, aprovechando el marco de posibilidades abierto, en lazos organizativos imbuidos de elementos tradicionales, que a fin de siglo se encontrarían coexistiendo hacia vías de modernización en cuanto a capacidad organizativa y acceso a un circuito cultural de masas, factores que ayudarían a dotar de mayor dinamismo el actuar popular durante el periodo estudiado. Asimismo, tras una relación de enmascaramiento entre los intereses populares y de la propia élite congresista, se pudieron establecer consensos y garantías mutuas de respeto que ayudarían a cimentar las bases del ejército congresista frente al ejército balmacedista desbandado y desorganizado.

Una vez terminada la contienda, volverían los desencuentros entre los proyectos de élite y el mundo popular pampino. Al concluir la momentánea alianza que permitiría el triunfo, los reclutas tendrían mayor libertad de compromiso, haciendo su discurso oculto más susceptible de visibilidad pública, levantándose las tropas para exigir a los cabecillas triunfantes cumplir con su retribución, produciéndose excesos al poco tiempo de terminado el conflicto, como los descritos por Víctor José Arellano en Santiago durante el mes de septiembre, que incluirían las muertes del “Mayor Rioseco” y el “Teniente Larraín” entre otros superiores¹⁷⁹. Así, entre presiones coercitivas, muchos soldados serían repatriados al norte a sus antiguas faenas, para impedir mayores revueltas hacia el nuevo gobierno entronado sobre la carne de cañón popular.

¹⁷⁹ Víctor José Arellano, *Batallas de Concón y Placilla: reminiscencias de un ex-tercerano*, Buenos Aires, 1892, p. 78.